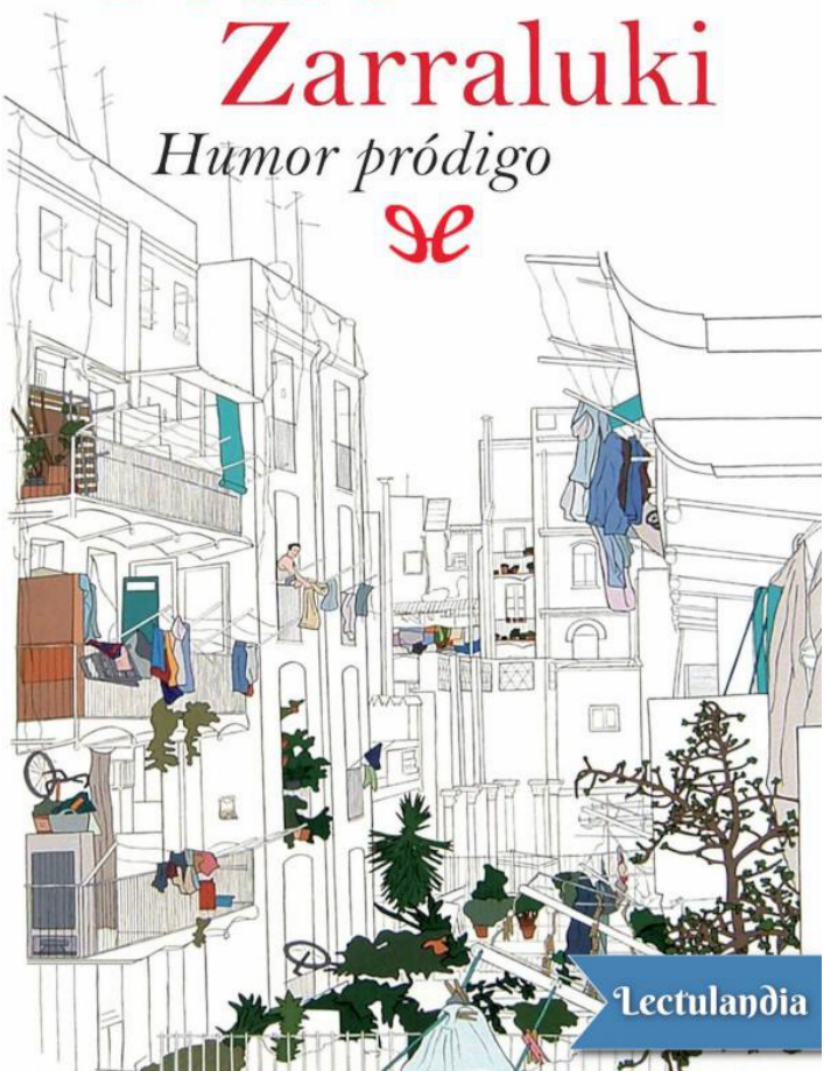
Pedro Zarraluki

Humor pródigo



Lectulandia

Decía Chamfort que un día en el que no se ríe se ha perdido definitivamente. El humor, tan recomendable para interpretar el mundo en que vivimos, depende por igual de la realidad y la mirada. Sólo hace falta buscar el ángulo adecuado, ese punto de vista que se apoya en la paradoja, la ternura y las indecisiones. Basta con mirar alrededor, o con mirarse a un espejo, para encontrar motivos sobrados para la risa.

Los relatos de esta antología contaron con la ayuda inestimable de diversas personas: un matemático que enloqueció por culpa del alcohol y la entropía, un ladrón de bancos que usaba como arma una bandada de periquitos, un librero de viejo que descubrió que todos los libros esconden un secreto que es mejor no conocer. Es cierto que no hay historia que acabe bien si se prolonga lo suficiente, pero también es cierto que eso nunca nos ha amedrentado. Tuviera Chamfort razón o no, somos extremadamente frágiles, pero insuperables cuando de verdad nos divertimos.

Pedro Zarraluki

Humor pródigo

ePub r1.0
Titivillus 01.01.2025

Título original: *Humor pródigo*
Pedro Zarraluki, 2007
Ilustración de cubierta: Laura Piñel
Colección: Áncora & Delfín,
n.º
1083

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

NOTA DEL AUTOR

Estos cuentos pródigos vieron la luz en diferentes épocas y lugares. «El espectro galante» y «Un ladrón neorrealista» pertenecen al libro *Galería de enormidades*. El primero de ellos me regaló el descubrimiento del humor, y el segundo tuvo un lector de excepción: su propio protagonista. Yo había encontrado la anécdota del robo del banco en una nota en la prensa, y tal cual la recogí en mi historia. Algunos años después me informaron de que el ladrón de verdad había leído el cuento con gran entusiasmo. Por desgracia lo hizo en la cárcel, lo que pone en entredicho los finales felices de la literatura. En cuanto a «La tentación de la sal», apareció en una antología de delirios bíblicos que publicó la editorial Montesinos. «El asesor del alcalde» formaba parte de una suerte de nuevos episodios nacionales, brillante idea de la editorial Edaf, en los que cada autor debía abordar un año distinto. A mí me tocó 1996. Y «De confusione personalitatum» fue mi aportación al libro con que mi querida editorial Pre-Textos celebró su 25 aniversario. Los cuatro restantes son de *Retrato de familia con catástrofe*, que escribí asesorado por un matemático desequilibrado, y que es quizá el libro con que más me he divertido escribiendo. A todos estos cuentos los une el sentido del humor, presente siempre en todo lo que hago, pero que en esta selección se convierte en su principal componente. Decía Chamfort que un día en el que no se ríe se ha perdido definitivamente. Quizá los libros no puedan conseguir que alguien gane un día de su vida, quién lo sabe. En cualquier caso, a éste le bastaría con proporcionar un buen rato de lectura.

EL ESPECTRO GALANTE

La señorita Diana nunca utilizaba la mirilla de la puerta. De haberla usado aquella primera noche de invierno quizá no habría conocido a Estantiguo, pero la señorita era una soltera enérgica acostumbrada a la soledad, y consideraba el miedo —con esa dureza de los que repudian lo que desean— un pasatiempo emocional para las jóvenes timoratas. Cuarenta años de aburrimiento le habían demostrado que, a fin de cuentas, el mundo no era tan peligroso. Por eso, aquella primera noche de invierno, como siempre que sonaba el timbre, no perdió el tiempo averiguando la identidad del intruso. Al abrir la puerta, la sorpresa asomó a su cara tan sólo un instante. No había nadie en el rellano, pero un viento gélido, acompañado de un sordo rumor, se deslizó junto a ella hacia el interior de la casa. La señorita Diana, que odiaba las bromas, emitió una maldición como réplica y cerró de nuevo la puerta. No sabía aún que Estantiguo había entrado en su hogar, aunque el fantasma se iba a dar a conocer de inmediato.

En el comedor, la señorita se percató de que el florero que utilizaba como centro de mesa estaba vacío y pensó que debía comprar un ramo de flores. Se sentó al piano, donde estuvo tocando piezas sueltas durante un rato. Cuando se volvió, movida por el ligero vacío que produce el hambre, el florero contenía un espléndido ramo de rosas blancas. La señorita Diana se puso en pie de un salto y permaneció unos instantes inmóvil junto al pesado John Spencer. Esta vez tardó más en reaccionar porque no podía culpar a nadie de su sorpresa. Recorrió el salón con la mirada, salió al vestíbulo para comprobar que la puerta estaba bien cerrada, y se retiró a la cocina, aturdida por una duda indefinible. En el momento de encender el fogón, un ruido de cristales le hizo dar otro respingo. Un poco asustada, aunque movida por una gran curiosidad, se asomó apresuradamente al comedor. El florero se encontraba ahora sobre el piano. La mesa, preparada con gran

esmero para dos personas, se intuía en la luz tenue de las velas. Una copa, sin embargo, se había roto sobre las baldosas. La señorita Diana, aunque halagada por la delicadeza de su misterioso admirador, soltó una retahíla de improperios mientras recogía los cristales. Los tiró a la basura. Cuando regresó al comedor, una fuente cubierta brillaba en el centro de la mesa. Verdaderamente admirada, la señorita se sentó en su lugar habitual y alzó la campana de plata. Una nube aromática perfumó la habitación en torno a los volúmenes jugosos de un faisán. El veterano olfato de la señorita no dudó en apreciar que estaba preparado con salsa de frambuesas. Permaneció en silencio unos instantes. Miró a sus espaldas, y volvió a mirar el faisán. Estantiguo, considerando que se hallaba demasiado desconcertada, optó por servir el vino. Al ver moverse la botella, la señorita soltó un grito breve que fue más de admiración que de pánico. Su rostro ilustró el gran esfuerzo que realizaba para explicarse lo que sucedía. Pero no tenía miedo, pues una mujer nunca teme a los espíritus galantes. Instantes después la señorita servía el faisán. Antes de que pudiera probarlo, la copa de su invisible admirador se alzó en el aire y se detuvo a la altura del brindis. La señorita decidió seguir el juego que empezaba a atribuir a su alterada sensibilidad. Los cristales se encontraron con un leve tintineo y ella se llevó la copa a los labios. Sin embargo, no pudo evitar atragantarse al ver que la otra copa vertía su contenido en la nada. Se apresuró a probar el faisán. «Exquisito», dijo, alzando la mirada hacia la silla vacía. Pero de inmediato la arreboló la vergüenza y terminó la cena en un silencio impenetrable.

No sabiendo qué hacer, y sin tener nada que reprochar a aquella asombrosa presencia, se retiró a su alcoba sin molestarse en correr el pestillo. Había decidido atribuir todo aquello a un engaño de su fantasía, por lo que no necesitaba tomar precauciones. En el momento de desvestirse, como cada noche, frente a la gran luna del armario, la asaltó, sin embargo, un absurdo pudor confundido con un levísimo soplo de lascivia. Estantiguo, aun a riesgo de perder su conquista, se apresuró a mostrarse a la manera tradicional de los fantasmas. Pasó tres veces entre la señorita y el espejo, y por tres veces perdió ésta su imagen en el azogue. Aquello delataba al espectro, pero Estantiguo habría sido incapaz de utilizar su condición para violar la intimidad de una dama. Y ella reaccionó tal

como esperaba el fantasma. Sus dedos, que el pudor había detenido en el primer ojal del vestido, se pusieron lentamente en movimiento. La señorita Diana no quería dejarse impresionar por su fantasía, pero la voluptuosidad de sus gestos delataba una inconfesable esperanza. Estantiguo vio caer el vestido a sus pies, seguido por sus prendas íntimas. La señorita se observaba en el espejo seducida por su propia desnudez. La invisibilidad del fantasma hacía más fácil su entrega, que se ponía en evidencia, pese a todo, en la complacencia sensual con que eludía el camisón extendido sobre la almohada. Cruzó el dormitorio con la elegancia que sólo tienen las mujeres para andar desnudas. La señorita Diana buscaba las excusas más triviales para mostrarse por entero a una presencia adorablemente inexistente, hasta que una secreta impaciencia le dio el valor necesario para aceptar lo inevitable. Con la lenta, maravillosa resolución de la mujer enamorada que se entrega por primera vez a un hombre, se tendió en la cama y apagó la luz. De inmediato notó un soplo de aire gélido que le recorría el estómago. Tuvo un momento de indecisión y pretendió cubrirse con las sábanas, pero su anhelo había quedado demasiado probado para que el fantasma admitiera dudas. Un peso excesivo inmovilizó a la señorita, que se sintió acariciada por algo asombrosamente suave aunque muy frío. Todavía aventuró ella un leve intento de resistencia, pero la suave firmeza de su amante hizo que se abandonara a su abrazo. Los músculos de la señorita se distendieron al tiempo que se le agitaba el ritmo de la respiración. Y cuando un friego abrasador presionó sus labios, gimió súplicas y protestas, pero ya sin defenderse.

De esta manera se introdujo Estantiguo en la comunidad. La señorita Diana, que gozaba de una intachable reputación, se apresuró a confesar al párroco sus apasionados encuentros con el fantasma así como su impotencia para resistir la tentación. Y el sacerdote, obviamente, le pidió que no fantaseara y le recomendó lecturas piadosas para entretener los insomnios. De nada sirvieron, sin embargo, los prudentes consejos del ministro de Dios. En pocos días la señorita Diana dejó de oponer resistencia a su desorden sentimental. No contenta con olvidar los deberes cristianos, paseaba cada tarde del brazo de un hombre inexistente levantando todo tipo de murmuraciones. Los parroquianos no tardaron en tildarla de

loca, y un grupo de indignadas vecinas visitó al sacerdote para exigirle que pusiera fin a aquel concubinato delirante. El clérigo, que era un hombre sensato, visitó a la señorita por ver si en su hogar se apreciaban huellas de una convivencia inmoral. Su inspección resultó infructuosa, aunque la señorita, siempre acalorada al referirse al tema, hizo una discreta ostentación de su pecado. El párroco quedó muy indignado por aquella demencia que combinaba la doble culpa de lujuria y terquedad. A pesar de todo, su natural paciencia y un desconcierto comprensible le recomendaron dar tiempo al tiempo. Pensaba así conceder a la señorita una nueva oportunidad para enmendarse, sin advertir que sólo Estantiguo se beneficiaba de la prórroga.

El ministerio de la confesión deparaba nuevas sorpresas al sacerdote. Una mujer, joven aunque honesta, casada con un abogado muy respetado por la comunidad, le confesó llorando que era revolcada por una fuerza invisible siempre que su marido se ausentaba, y que no podía evitar sentir un intenso placer en las partes. Y una de las señoras que habían encabezado la protesta contra la soltera enamorada, propietaria de una farmacia, le explicó que algo mórbido y sinuoso se deslizaba por entre sus muslos cada vez que se encaramaba a la banqueta para alcanzar los estantes más altos, y que —en este punto se quedó casi sin voz— se había sorprendido a sí misma ordenando el contenido de esos estantes sin otro motivo que el de sentir aquello.

El sacerdote comprendió que la situación era insostenible. Tras verificar con varios médicos, de la forma más discreta posible, la imposibilidad de que algún virus maligno se hubiera extendido a modo de plaga entre las mujeres causándoles extraños paroxismos de concupiscencia, dio parte de los hechos a sus superiores. Recibió la orden de abrir una investigación y de prepararse, en el caso de que resultara necesario, a realizar un exorcismo junto a un especialista que le haría llegar el arzobispado. Mientras tanto, y sin que el párroco traicionara el secreto confesional, se había hecho pública la galantería del fantasma, lo que no tardó en volverse contra él. Las mujeres seducidas acudían a su confesionario para reclamar la cabeza del conquistador. Hasta la misma señorita Diana, nada más enterarse de los devaneos de su amante, visitó al párroco para suplicarle que pusiera fin a una situación tan escandalosa.

El buen sacerdote, aunque no acababa de creer en el fantasma, se vio sometido a tantas presiones que optó por reclamar la presencia del exorcista. Éste no tardó en anunciar su llegada para unos días más tarde. El párroco, bastante desconcertado, se preparó para recibirle. La misma mañana en que esperaba al enviado del arzobispo ultimó los informes en su despacho de la parroquia. Agotado por un trabajo tan nuevo y tan confuso, decidió descansar un rato en espera de su invitado. Se sentó en su sillón junto a la ventana y estuvo leyendo algunos párrafos de la Biblia mientras se lamentaba, como siempre desde un tiempo atrás, de no tener un ejemplar artísticamente más valioso. A fin de cuentas aquél era el único libro que leía.

Cuando se aproximaba la hora de la llegada del exorcista, pensó el párroco que le iría bien despejarse con una ducha. Se encerró en el baño y se desnudó de espaldas al espejo, colgando la ropa de unas puntas clavadas en la puerta. Aunque deseaba relajarse, no podía quitarse de la cabeza aquella extraña plaga de obscenidad.

Estantiguo, de pie junto al retrete, quedó fuertemente impresionado por el culo carnoso, blanco como el abdomen de una gaviota, del inocente sacerdote. Estantiguo era un fantasma respetuoso, pero su fuerza de voluntad se vio debilitada de inmediato y comprendió que no podría resistir la tentación. En el momento en que el párroco se dirigía a la ducha materializó en el suelo una Biblia del siglo XVI, un auténtico tesoro. El clérigo, gratamente sorprendido, se agachó para recogerla.

LA TENTACIÓN DE LA SAL

Una golondrina se alzó en el aire como una sombra menuda y sobrevoló fugazmente la cabeza del sepulturero. Éste era un hombre de mejillas rubicundas. Todo en él, hasta el volumen exagerado de su vientre, denotaba una jovialidad que no cuadraba con su oficio. Al otro lado del camino, un jardinero regaba un macizo de flores que la primavera hacía brotar con exuberancia. Y un grupo de niños, a lo lejos, se perseguían contagiándose la risa.

Era una mañana tan alegre que los asistentes al entierro tenían que hacer un gran esfuerzo por mostrar abatimiento. Se miraban unos a otros para infundirse pesadumbre o, cuando menos, para obligarse a simularla. Sólo Esteban tenía un estado de ánimo lo bastante lúgubre como para no necesitar ayuda. Con las manos crispadas y el labio inferior dolorido por la fuerza con que se lo mordía, contemplaba con impaciencia la espalda del sepulturero, que no parecía tener ninguna prisa por acabar su trabajo. A Esteban lo asaltaban las ganas de increparlo, y también de acallar los cuchicheos crecientes de la gente que lo rodeaba, y de que algunos nubarrones ensuciaran aquel día lleno de transparencias. Con una mano sudada se cubrió la frente, que por su palidez y su calvicie parecía una cúpula de yeso, mientras recordaba con horror aquellas pupilas burlonas que nunca había podido soportar sin alterarse y que, por fin, se habían apagado para siempre.

Asistía al entierro de la hermana mayor de su padre, una solterona biliosa que había sobrevivido a buena parte de sus sobrinos y que era responsable, entre otras muchas maldades de la mente, del poco aprecio que Esteban sentía por sí mismo. Para Esteban, el carácter dominante de la finada había abortado su propio brío —si en algún momento fue capaz de tenerlo—, y su lengua viperina había impedido que la de él llegara a ser tan siquiera un poco incisiva. Toda inteligencia se alimenta de las demás, pero hay algunas que no contentas con eso invalidan las que

la rodean, despreciándolas cuando no le interesan. La de aquella mujer era especialmente proclive a este tipo de abusos.

Esteban la recordaba hundida en su sillón, con una sonrisa cínica en los labios y las pupilas como fogonazos enmarcadas por unas ridículas gafas con montura de purpurina. Cuando era niño y aparecía en el salón después de un inconfesable acto de debilidad onanista, ella se reía y proclamaba con voz estentórea que no hay peor vicio que el que esconden las palmas de nuestras manos. Siempre supo lo que él más se esforzaba en ocultar, y tanto más lo exteriorizaba cuanto más necesitaba él que permaneciera en secreto. Todas y cada una de sus debilidades, antes o después, las puso en evidencia aquella mujer con una crueldad de la que se hubiera avergonzado hasta el más despiadado delator. También era cierto que se comportaba igual con todo el mundo y que nadie escapaba a sus mordacidades. En la familia se la consideraba una calumniadora, aunque todos sabían que era verdad cuanto decía de ellos y que, por lo tanto, debía de serlo cuanto dijera de los demás. Si se la consideró una enferma víctima de paranoias —de las que se llegó a culpar a su voracidad como lectora de novelas— fue porque de otra forma habría tenido que entonarse un *mea culpa* colectivo al que nadie estaba dispuesto. En cualquier caso, una denuncia tan generalizada, aunque certera, resultaba escasa por su amplitud, y no se corría un gran peligro de que fuera tomada en serio. Así que, por lo general, los familiares de aquella mujer soportaban sus acusaciones con el único y vago temor de que alguien pudiera llegar algún día a considerarlas ciertas, pues lo eran. Sólo Esteban, por su natural propensión a sentirse despreciable, las vivía como una demostración palpable de todo lo que lamentablemente era y de todo lo que nunca podría llegar a ser.

Cuando acabó de fijar la lápida, el sepulturero se volvió hacia los presentes y dejó escapar un suspiro de satisfacción que Esteban compartió a pesar de saber que aquello lo condenaba una vez más a considerarse miserable.

—¡Qué pocas cosas sabes, Dios mío! —resonó en su memoria la voz de la difunta—. ¡Qué imbécil eres, Esteban! ¡No ocultas nada que merezca la más mínima atención! Tu mayor secreto, el que más te aterrorizaría divulgar, no le bastaría a Maupassant para escribir su cuento más breve. ¡Qué digo, Maupassant! ¡Ni siquiera le serviría

a Chejov, que era capaz de las proezas más grandes!

El entierro supuso una liberación para todos los presentes, pero únicamente Esteban lo recordaría como el momento más placentero de su vida. Era tal su necesidad de ver morir a aquella testigo excepcional de sus desdichas, que sólo la debilidad de su carácter y una natural propensión a la sensatez le habían impedido precipitar aquel momento de una forma, digamos, criminal. Sabía que la vieja había muerto conociendo bien sus poco convincentes impulsos asesinos. Por ello le pareció asombroso que un notario le manifestara, pocos días después, que le había recordado en su testamento.

Su mujer, que ya no creía que la vida pudiera sorprenderla, no se molestó en acompañarlo. Además, aquella mañana la habían despertado con una noticia que llevaba esperando largo tiempo y por la que había luchado con una tenacidad asombrosa en una persona como ella. Envuelta en un albornoz salpicado de pequeñas quemaduras, con el cigarrillo temblando entre los dedos nerviosos, buscaba Camboya en un mapa de África y sollozaba sin poder contener la emoción. Esteban, que había aceptado adoptar a un niño con la misma resignación con que aceptaba todas las cosas, se limitó a pensar que Camboya, efectivamente, tenía un nombre bastante africano. De inmediato se sintió incómodo. Una de las razones que le llevaban a despreciarse era su propensión a disculpar a todo el mundo, en lugar de reírse de ellos como habría hecho cualquier persona inteligente. Indignado por su propio carácter, tan temeroso y acomodaticio que carecía del más pequeño sentido de la malignidad, salió a la calle sin sacar a su mujer de su error cartográfico. Al subir al autobús lo asaltó uno de esos recuerdos que acaban convirtiéndose en pesadillas de la vigilia. De niño, una tarde lo habían llevado al circo y los payasos le causaron un espantoso sufrimiento. Sus caras pintarrajeadas se le habían quedado grabadas en la memoria. Crispado en la incómoda silla del circo había hecho un esfuerzo supremo por distanciarse de ellos, pero no podía dejar de verlos como personas normales que de improviso hubieran perdido la compostura. Supo así que le daba pánico la posibilidad de perderla él también, y fue de aquella manera como Esteban se convirtió en una persona parca en ademanes y prácticamente inexpresiva. También se detestaba por ello.

El notario era un hombrecillo enjuto, de carnes correosas y pupilas adormecidas. Su mirada calmosa resultaba especialmente inquietante en aquel rostro adusto, deformado por una asimetría causada, sin duda, por algún pequeño coágulo. Parecía haber estado siempre allí, sumergido en los archivos atemporales de su rancia oficina, representando la voluntad postrera de los muertos.

—Su tía de usted —dijo con voz quebrada—, que era una cliente bastante irregular, me pidió que le advirtiera de que el conocimiento es un pozo sin fondo. Supongo que deseaba ponerle sobre aviso de los peligros de una curiosidad insaciable. Eso es todo, y éste es el legado que tuvo a bien dejarle.

Entregó a Esteban un sobre abultado. En su interior había únicamente dos objetos. El primero era una nota, escueta y misteriosa, escrita en una hoja de dietario con el mismo tono burlón con que hablaba la fallecida: «No se te ocurra mirarte con ellas al espejo, desgraciado». El otro eran sus absurdas gafas con montura de purpurina.

Esteban contempló sorprendido al notario y éste se encogió de hombros. En sus manos tenía el símbolo de la mujer que le había hecho la vida imposible. Temblando de indignación, se maldecía por no saber reaccionar ante aquel último agravio. No encontró palabras para expresar su profundo malestar, así que se limitó a obedecer, que era lo suyo. Se puso las gafas y miró al notario sintiéndose definitivamente ridículo.

Y entonces, asombrado, supo que aquel hombrecillo tenía un hijo al que nunca había reconocido, marino en un buque congelador, de resultas de una pasión desordenada con una prostituta que vivía retirada en Guadalajara.

Salió a la calle con las gafas en el bolsillo de la americana, tan alterado que caminó un buen rato sin saber adónde se dirigía. Llegó a un paseo bordeado de magnolios y se sentó en la terraza de un bar para calmarse. Pidió una cerveza. Con mano temblorosa, buscó las gafas en el bolsillo y las puso sobre la mesa. Por la acera circulaba una multitud de caras impenetrables. Las estuvo observando durante unos minutos para constatar que aquello era poco más que una sucesión abigarrada de siluetas. Sólo entonces se puso las gafas y echó un nuevo vistazo que le dejó impresionado.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Tenía razón la vieja! ¡Esto es peor que Sodoma y Gomorra!

El camarero, que llegaba con la cerveza, le pidió que la abonara. A Esteban le bastó un segundo para saber que aquel hombre no se entendía con su mujer, y que planeaba en secreto huir a Madagascar para implantar allí buenas cepas mediterráneas.

—Una decisión valiente —le dijo mientras le daba el dinero—. Caldos tropicales para consumo europeo. Si lo consigue, dejará usted desconcertados a los franceses.

—Vino de Tananarive —dijo el camarero de forma maquinal, con ojos soñadores. Pero de inmediato su mirada se llenó de sospecha—. Si es usted un detective contratado por mi mujer, le aseguro que es una histérica y que no tiene dinero para pagarle.

Tuvo que convencer al camarero de que había descubierto su secreto con sólo mirarle a la cara —cosa bien cierta— y de que debía pensar con menor intensidad en su proyecto si no quería delatarse. Era un razonamiento un poco forzado, pero todos los que ocultan algo suelen temer llevarlo escrito en las pupilas. Así que el pobre hombre se alejó de allí intentando pensar en otra cosa, mientras Esteban se quitaba las gafas para liberarse del peso excesivo del conocimiento. Le alivió comprobar que la gente volvía a ser impenetrable y decidió que usaría las gafas sólo en casos de extrema curiosidad. A fin de cuentas, resultaría muy agotador conocer los secretos de todos y cada uno de los que se cruzaran con él. Le bastaba con saber que podía conseguirlo cuando quisiera. Como era un hombre poco acostumbrado a sentirse a gusto consigo mismo, supuso que en la información que iban a darle aquellas gafas residiría, como con la pérfida de su tía, la clave de su inteligencia. No era conveniente pues abrumarse con un uso excesivo de tan insospechado poder. De momento, antes que darse grandes satisfacciones le interesaba adoptar ese gesto de suficiencia que tanto había padecido con la anciana recientemente fallecida. Por haberse visto humillado tantas veces, era consciente de que la inteligencia es algo de lo que básicamente se alardea. Así que ensayó unas cuantas miradas incisivas dirigidas a los distraídos viandantes, hasta que encontró una lo bastante mordaz para dejar entrever hasta qué punto sabía más de lo que aparentaba, y al mismo tiempo lo bastante benévola para resultar levemente

insultante.

De camino a su casa la ensayó repetidas veces para eliminar la sensación de estar poniéndose una máscara, pero al llegar olvidó todo lo que había aprendido. Su mujer, sentada en el salón y envuelta todavía en el albornoz, contemplaba con asombro a un escuálido niño oriental de mirada huidiza —ella esperaba un negrito de pelo rizado y ojos bondadosos— que se escondía entre las faldas plisadas de una celadora. Las dos señoras estaban muy desconcertadas y se volvieron hacia Esteban en demanda de una intermediación.

—La verdad —dijo la dueña de la casa con voz airada—, se me hace difícil admitir que sus padres fueran guerrilleros comunistas. Además se llama Ang Duong, o algo igual de impronunciable. Tampoco tiene cara de llamarse de una forma más sencilla.

—Un niño lo es aquí y en la Conchinchina —replicó la funcionaria—. Ha visto usted muchas postales, querida amiga, y muy pocos documentales serios.

Ambas daban la sensación de haber repetido sus argumentos hasta la saciedad y de que los escenificaban una vez más para informar a Esteban de la situación en que se encontraban. Éste se vio obligado a intervenir. Para ello, decidió emplear el recurso de las gafas. Se las puso con mucha parsimonia y se agachó para contemplar al huérfano. Su mirada recuperó la mordacidad benévola que tanto había ensayado.

—Mi mujer tiene un concepto de la maternidad bastante ornamental —dijo con lentitud—. Por otro lado, este niño trabajó en un burdel desvalijando las carteras de los clientes y se propone continuar desvalijando todo lo que encuentre a su paso. Tiene vocación de delincuente. Por si eso fuera poco, oculto en su zapato izquierdo lleva su único tesoro: un retrato de Al Capone.

Se hizo un profundo silencio en la habitación. Esteban se enderezó con la intención de paladearlo. Sin embargo, iba a ser el primero en romperlo. Se volvió hacia su mujer con las gafas todavía puestas y sus ojos se desorbitaron tras los cristales mágicos.

—¡Ah! —gritó—. ¡No puedo creerlo! ¡Dios mío! ¡Eres una grandísima zorra!

Pronto supo que si la ignorancia era una maldición, era por lo

menos una maldición cómoda. Su mujer, al ver descubiertas tan de improviso sus infidelidades —que, aunque numerosas, eran por lo demás bastante antiguas—, se sumió en una depresión ensimismada contra la que nada podían las pastillas, por lo que Esteban tuvo que encargarse de todas las tareas domésticas. Además, le entró una necesidad enfermiza de saber qué pensaban los demás de él. A pesar de su nueva mirada mordaz y benévola, los resultados fueron del todo descorazonadores. Hasta la portera, que tenía un marido que la pegaba y un hijo enfermo de cáncer, estaba convencida de que Esteban era un pobre desgraciado comparado con ella. Sin embargo, lo que más le dolió fueron las palabras de su mujer, cuando unos días más tarde le reveló cómo había descubierto sus devaneos. Aunque no estaba segura de creerle, se puso las gafas con sus dedos siempre nerviosos y le estuvo contemplando durante unos segundos.

—Después de tantos años de matrimonio —dijo ella con voz cansada—, me parece lamentable que no hayas sabido ocultarme una sola cosa mínimamente apasionante. Eres el hombre más aburrido que he conocido en mi vida.

Así estaban las cosas cuando, una noche, llegó del trabajo y encontró la casa en silencio. Aquello era normal hasta cierto punto, pues su mujer había cogido por costumbre quedarse todo el día en la cama. Pero el aire se mantenía exageradamente inmóvil. La llamó un par de veces sin obtener respuesta. En el dormitorio, la cama estaba revuelta aunque vacía. Dominado por una inquietud creciente, la buscó en la cocina y en el salón. Entonces, ya antes de descubrirla, comprendió lo que había sucedido. Salió al pasillo. Desde allí, vio que la luz del baño estaba encendida. Se acercó con pasos cada vez más indecisos y empujó la puerta con las yemas de los dedos.

Una estatua blanca, muy realista y hasta un poco grosera, se contemplaba en el espejo. Vestía el albornoz y llevaba puestas las ridículas gafas con montura de purpurina. Los dedos inmóviles de su mano izquierda sostenían la colilla consumida de un cigarrillo. Esteban se acercó a aquella obra de arte doméstico. Se humedeció un dedo con la lengua, lo pasó por la mejilla de la estatua y se lo llevó a la boca.

—De sal, naturalmente —reflexionó.

Entonces reparó en que los labios de su mujer describían una

enigmática sonrisa.

Su calvario se inició con la apariencia de un paraíso. Haciendo gala de una maldad asombrosa en alguien tan dócil, puso la estatua en el salón y la utilizó para colgar la americana. De inmediato se entregó con deleite a una vida de soltería vengativa. No quiere decir eso que se abandonara a costumbres dilapidadoras, ni mucho menos. Sencillamente comía y cenaba fuera de casa, iba a menudo al cine y se ejercitaba en el uso razonable de las gafas. Con gran prudencia, se propuso organizar su conocimiento de una forma sistemática, evitando dedicarse a una contemplación que corría el peligro de convertirse en caótica y desmesurada. Por ello elegía a sus víctimas cuando disponía de tiempo para observarlas con tranquilidad, y tomaba notas con las que llenaba un fichero. Su ambición era realizar un estudio completo de todo cuanto las personas se ocultan, con vistas a escribir un extenso tratado en el que se analizaría la naturaleza humana así como las causas profundas del engaño. Era un propósito sin duda muy loable, pero iba a tropezar en la práctica con un obstáculo que Esteban no podía siquiera imaginar: cuanto más crecía su fichero, menos interesante le parecía el material con que trabajaba. Al principio aún se llevó algunas sorpresas, relativas sobre todo a desórdenes sexuales, y llegó a asustarse seriamente al descubrir que un tranquilo paseante era en realidad un despiadado asesino. Pero —aparte de siniestras— pocas fueron las excepciones en la mediocre montaña de secretos. Después de varios meses de seguir a sus víctimas ya no podía soportar las infidelidades sentimentales, ni las pequeñas traiciones vividas con más mala conciencia de la que en realidad merecían. Sentado en su despacho, Esteban no podía comprender que tantas horas perdidas dieran como resultado un fichero lleno de trivialidades y bajezas, salpicado ocasionalmente de algún acto monstruoso que en nada animaba el panorama de conjunto. Si aquélla era la tan envidiada vida interior de las demás personas, su tratado se iba a ver reducido a una lamentable crónica de sucesos.

Además, cada día se le hacía más insoportable la sonrisa que animaba el rostro de la estatua. Su mujer nunca había sonreído de aquella forma plácida y al mismo tiempo intensa, con un punto inquietante de melancolía en las comisuras de los labios. Por el

contrario, había tenido en vida esa sonrisa ágil y poco reflexiva de la gente nerviosa, como una descarga eléctrica brevísima que por un instante le iluminaba las facciones, para desaparecer de inmediato devorada por las turbulencias de su estado emocional. Sentado frente a la estatua —que, indiferente, sostenía su americana con la misma mano en la que había llevado siempre el cigarrillo—, invadía a Esteban la creciente seguridad de que su esposa había visto *algo* en el espejo.

Poco a poco fue naciendo en él una sospecha que se fue haciendo más sólida a medida que se multiplicaban sus decepciones. Quizá lo importante, para elaborar un tratado de la naturaleza humana, no fueran las pequeñas bajezas que se ocultan unas personas a otras, sino los misterios intolerables que se ocultan a sí mismas. Aquello explicaría la sonrisa enigmática de la estatua, como explicaría que el interior de Esteban —quien, a fuerza de observar las miserias de los demás, empezaba a considerarse portador de algunos valores— apareciera tan inexplicablemente vacío a través de las gafas. Pero aquello, también, eliminaba la posibilidad de hacer un estudio serio que no fuera introvertido, y el precio que había que pagar por ello era demasiado aterrador.

El resultado de tanta sospecha le causó un ataque de angustia que aplacó con la ayuda de los ansiolíticos que había abandonado su mujer. Con el cerebro embotado por los medicamentos y aburriéndose cada vez más al espiar a la gente, llegó a admirar —en una tardía identificación con la anciana que le había amargado la vida— a los novelistas capaces de escribir obras maestras con un material tan detestable. Fue así como el paraíso que le brindaban las gafas se convirtió en un espantoso tormento. Una sola historia oculta realmente magnífica le habría bastado para darle ánimos. Pero no pudo encontrar ninguna, y además se veía obligado a soportar la presencia permanente de la estatua, que a todas horas parecía desafiarle con su extraña sonrisa. Una noche se dejó llevar por la desesperación. Empapó en agua una toalla y frotó la sal de su rostro hasta borrarle por completo la boca. Había olvidado que hay ciertas cosas que no se pueden borrar de la memoria. A partir de aquel momento le bastó con cerrar los ojos para empezar a padecer aquellos labios que ya no existían.

Otro cualquiera se habría resignado a volver a la normalidad —y

habría tirado las gafas, por supuesto—, pero Esteban llevaba toda la vida considerándose despreciable. Para él era demasiado poderosa la tentación de descubrir que su interior podía albergar algún enigma. Por decirlo de otra manera, sólo un hombre tradicionalmente tan seguro de su vacuidad podía llegar a necesitar, por encima de cualquier otra cosa, alguna prueba capaz de desmentirle.

Únicamente hacía falta un pequeño detonante, que llegó por donde menos lo esperaba. Había pasado una noche entera sin dormir, cuando el timbre de la puerta le hizo dar un respingo en la cama. Acudió a abrir y soltó una carcajada al ver a la funcionaria con un niño negro de pelo rizado y ojos bondadosos.

—¡No es para tomárselo a broma! —gritó la mujer a modo de saludo—. Esta vez les he traído un huérfano de los que a ustedes les gustan.

Esteban le pidió que esperase en el salón mientras iba a buscar las gafas. Tomó asiento delante del niño, que lo miraba sin pestañear, y lo contempló fijamente para sonsacarle sus ocultaciones. Sucedió entonces algo asombroso. Por primera vez, descubrió un verdadero pánico que luchaba por no mostrarse, y sólo eso. No había ninguna bajeza en aquel miedo, pues el niño no tenía nada más que mereciera la pena ocultar. Esteban comprendió que su víctima se enfrentaba al mundo desde la soledad más absoluta, y sintió una gran añoranza de los tiempos difíciles en los que ignoraba hasta qué punto eran miserables los demás. Fue entonces cuando supo que no iba a poder contener la tentación de saber si en su interior se ocultaba algo de interés, aunque ello se redujera, como en aquel niño, a un temor profundo que no nacía de la amenaza de que se descubrieran sus secretos, sino de la necesidad acuciante de entender la vida. Quizá, finalmente, fuera una virtud carecer del cúmulo de conspiraciones y bajezas que movían a los demás. Siempre cabía la posibilidad de que ambos —el niño y él, y sólo ellos—, en su falta de secretos atávica y privilegiada, fueran capaces de entrever la causa última de todos los miedos.

Se puso en pie con determinación, sin escapársele que la mirada de la funcionaria permanecía fija en la estatua de su mujer. Hizo un breve comentario acerca de la inconsistencia de ciertos materiales y murmuró una excusa para retirarse al lavabo. Una vez allí, se situó

delante del espejo con los ojos cerrados y se puso las gafas. Tanteó hasta encontrar la loza del lavamanos, donde se apoyó con cuidado. Aquélla fue, seguramente, la única ocasión en toda su vida en que se sintió plenamente orgulloso de lo que hacía. Con mucha lentitud, abrió los ojos para ver cuál era la incógnita que se ocultaba en la nada.

Pasaron los minutos. El huérfano, aburrido, acabó escapando de la vigilancia de la celadora. Sus leves pasos resonaron por el pasillo hasta que su silueta menuda se deslizó en el interior del lavabo. Por unos instantes permaneció inmóvil junto a la estatua de sal que sonreía estúpidamente frente al espejo. Luego, con una mano temblorosa, le quitó las gafas y se las guardó en un bolsillo.

A pesar de haberse criado en una aldea de Guinea Bissau —situada en África, desde luego— y de haber recalado en un mundo que en un principio le había causado verdadero espanto, el niño de ojos bondadosos demostró tener un admirable sentido práctico. Hoy en día goza de una gran reputación como psiquiatra, y es un empedernido lector de novelas, aunque asegura que no le gustan demasiado.

EL ESPEJO DEL SÁTRAPA

I

Cuenta la historia que la ciudad de Sardes, cuando los caballos lidios se desbocaron ante la monstruosa figura de los camellos de Persia, tuvo un sátrapa herido por la curiosidad y la lascivia. Uno de sus mayores placeres, quizá el único inocente, era observar el valle desde las terrazas de ladrillo de su palacio. Las casas de barro se desparramaban por la suave ladera de la colina, y al fondo rumoreaba el río en su lenta caída hacia el mar. Guiados por su cauce llegaban los mercaderes de occidente con las alforjas llenas de género. La puerta de un imperio es un lugar siempre cambiante y en la ciudad de Sardes los habitantes nunca eran los mismos. Al sátrapa le gustaba contemplar su distante actividad desde lo alto de los paredones. Los días sin viento podía oír desde el palacio el lejano vocerío, pero solía suceder que la brisa, que hacía volar los visillos en las amplias estancias abiertas, resonara en su interior con el silbido grave de las caracolas. El aullido sordo de los rincones apagaba entonces los ecos de la ciudad, y el sátrapa se sumía en un silencio impenetrable del que no le rescataba ni el perfume de mujer. Bebía entonces el vino como si deseara cambiar su sangre por la savia de las vides, y por las noches ponía una clepsidra al alcance de la mirada por miedo a que en la oscuridad se detuviera el tiempo.

Hasta que un atardecer de otoño en que paseaba por la muralla vio que los guardias repelían a un anciano de túnica refulgente. La ociosidad guió sus pasos hasta los grandes toros de piedra que soportaban el arco de la entrada. A espaldas de sus lanceros apoyó el codo en la pezuña de una de las bestias, divertido por los argumentos que esgrimía el desconocido. Los guardias hacían gala de su peor lenguaje, pero el anciano no se dejaba intimidar y les prometía todo tipo de riquezas. Necesitaba ver al sátrapa, pues el sátrapa necesitaba verle a él. Esta afirmación intrigó al gobernador

de Sardes, que alzó la voz para hacer notar su presencia:

—¿Sabes leer acaso en el desorden de la baresma?

La sorpresa de ver allí a su amo distrajo el celo de los guardianes. El anciano se abrió paso entre sus lanzas y se postró con teatral abandono. Habló con la misma rapidez protocolaria con que rezan los sacerdotes y peroran los mercaderes, lo que hizo pensar al sátrapa que se hallaba ante un farsante. Pero el anciano tenía en la voz la cadencia de la persuasión y decía poseer una finísima lámina de obsidiana tan alta o más que una persona, y tan pura que permitía visiones inauditas. Aseguraba que en la superficie de su lámina concluía el universo, y que bastaba con mirarla como quien mira un tapiz para asomarse a lo que nadie podía ver, pues allí donde todo concluye todo empieza de nuevo.

Así fue como el sátrapa de Sardes acogió al mago en su palacio. El anciano había llegado a la ciudad acompañado por una pequeña comitiva en dos carros tirados por asnos. Los jumentos fueron a parar a los establos del palacio y la comitiva a las dependencias de la servidumbre. Al mago se le permitió alojarse en el recinto del gobernador, que deseaba un contertulio para las noches en que el viento le impedía dormir. No iba a ser el mago un hombre pródigo en palabras, pero su presencia pronto se haría imprescindible en los salones de aquel palacio sometido a los bramidos del invisible. Aquella misma noche pidió una habitación en la que entrara la luz de la luna. Cegó de inmediato las ventanas, pero en una de ellas instaló un cristal biconvexo, y entretuvo largas horas en medir la abertura de su refracción. El gobernador desatendía los rituales domésticos por ver los preparativos del anciano. Y el mago, que en solitario se movía con una lentitud delatora de múltiples achaques, hacía al verle aspavientos de taumaturgo y murmuraba hechizos con palabras sin sentido aunque de ensoñadora entonación. Tuvo que esperar a que el sueño venciera al sátrapa para ascender desde el carro la lámina milagrosa. Dos de sus ayudantes la cargaron hasta el aposento que pronto sería el corazón del palacio y la escondieron tras un cortinaje de pliegues oscuros. A partir de aquel momento habría allí un vigilante con una daga emponzoñada, pues era voluntad del mago que el descubrimiento de su secreto se pagara con la vida.

Por la mañana quiso el sátrapa entrar en la sala. Al impedírselo

el vigilante llamó al mago a su presencia. Calmó éste su cólera, y con buenas palabras lo alejó de la tentación de intentar desvelar lo que todavía ignoraba. Tomaron un refrigerio de frutas y vino en la terraza desde la que se veía despertar la ciudad. El mago anunció entonces estar preparado para satisfacer los deseos de su cliente. Suplicaba tan sólo la paciencia necesaria para esperar a que llegara de nuevo la noche, pues su lámina reverberaba únicamente cuando la bañaba la luz de la luna. El sátrapa sintió crecer su impaciencia, pero era un hombre acostumbrado a respetar las reglas que, por lo habitual, él mismo imponía. Entró de nuevo en el palacio seguido por el mago y se detuvo entre sus hipopótamos disecados. Aunque los habían traído desde el Nilo daba la impresión de que sus grandes cuerpos habitaban desde siempre los salones del palacio. El sátrapa acarició las fauces de su paquidermo favorito al preguntar al mago si podía anticiparle las manifestaciones de su ya inminente felicidad. Y el mago le habló de la luz. Le dijo que en la luz bailaban las imágenes como en el vapor del agua que hierve —inaprensibles como espíritus que pulularan por todas partes—, y que la oscuridad era el mundo ciego de los volúmenes. Que tan sólo el frío resplandor de la luna, reflejado en la obsidiana bruñida hasta la locura, podía mostrarles las cosas tal como habían sido siempre, inmóviles en un solo lugar y ajenas al devenir del tiempo. El gobernador, que era un hombre inteligente, soltó una risa inquieta al imaginar las posibilidades que se le ofrecían. Pidió contemplar su lejana infancia.

—Comienzas por lo más difícil —contestó el mago—, lo cual demuestra que eres un hombre avezado en la lucha contra los imposibles. Esta noche te daré aviso cuando la luna esté a punto de incidir sobre mi cristal. Deberás tocarte con un pañolón de mujer, y en los brazos llevarás un bulto que se asemejará a un recién nacido.

No fue necesario despertar al sátrapa, que esperaba con impaciencia. Los ayudantes del mago lo encontraron en la balconada que daba a los jardines, con la mirada perdida en el fuego sagrado que se consumía en los altares. El aposento de la obsidiana estaba iluminado por la tenue luz de un candil, y el mago esperaba en la penumbra junto a una butaca de madera. El sátrapa tomó asiento mientras el mago le hablaba de la necesidad de estimular los reflejos de la piedra. Tal como le había anunciado, le

obligó a vestir túnica de matrona y a que un rebujo de trapos simulara en sus brazos las formas de una criatura. Contempló el anciano farsante la figura del gobernador disfrazado de mujer. De nuevo brotaron de sus labios palabras extrañas. El gobernador, confundido, se limitaba a observar el paño que cubría la lámina. Bajo el resplandor titilante de la mecha, la sombra del mago se proyectaba como una aberración demoníaca. A punto estuvo el sátrapa de Sardes de alzar su autoridad contra la pantomima del sibilino hechicero, pero en aquel momento se apagó la llama del candil y la luz de la luna atravesó el cristal que el mago había colocado en la ventana. Alguien retiró el paño que cubría la obsidiana. El sátrapa vio entonces un marco de madera labrada en el que se abría una negrura profunda como el abismo del universo. La claridad mortecina de la luna permitía intuir tan sólo la visión de las cosas, y su gelidez le llenó de temblores. La voz apagada del mago sonó a su espalda para calmarle. Era imprescindible que olvidara el frío y que su mirada se concentrara en el reflejo débilísimo de la obsidiana. Lentamente se produjo la visión. El sátrapa notaba en la mejilla el aliento del mago, que murmuraba sortilegios. Vio brotar en la obsidiana primero un contorno, luego una mancha opaca que parecía una silueta de formas orondas. La luz era tan débil que el sátrapa tenía que hacer un gran esfuerzo para verla, pero cuando el disco de la luna se puso en línea con el cristal pudo vislumbrar una mujer de grandes senos que, sentada en una butaca igual a la suya, le miraba con profunda sorpresa, como si fuera ella la que descubriera su reflejo. En su regazo dormía un recién nacido envuelto en los mejores paños de Persia, y el sátrapa gimió de pavor al comprender que aquel niño era él a los pocos meses de nacer. El mago puso una mano sobre el puño crispado del gobernador. Su voz sonó profunda como el bramido de las olas. Con aplomo de embaucador anunció que la imagen en la obsidiana se movería con exagerada lentitud, pues la lámina se hallaba en los límites de su poder. El sátrapa forzó aún más la vista y pudo ver algunas sombras tras la comadrona. «Hay alguien más —murmuró—, hay alguien más». En ese momento la mujer reverberada alzó muy despaciosamente su mano diestra y el gobernador observó, un instante antes de que la imagen desapareciera, que en su dedo meñique lucía el anillo emblemático

de la satrapía de Sardes. Pero la imagen se veló de súbito. La luz de la luna se había eclipsado tras una nube y la obsidiana volvía a ser un pozo insondable. El mago ordenó cubrir la lámina con el paño. Sus ayudantes encendieron de nuevo el candil. El sátrapa se sintió despertar después de un largo viaje por el tiempo. Su mano diestra todavía estaba alzada en respuesta al saludo de la mujer, y en su dedo meñique brillaba el anillo. «No lo entiendo —se volvió hacia el mago—. El espíritu llevaba mi sortija». Entonces el mago soltó una carcajada que habría tranquilizado al más perplejo de los mortales.

—La lámina carece de pensamiento —contestó—. En su superficie todas las cosas pasan a ser sólo una, y resulta lógico que al interpretar nuestros deseos cometa ligeros errores. Debes pensar que la obsidiana absorbe tu imagen para ofrecer aquella que deseas.

Sin embargo, cuando el sátrapa se hubo retirado se oyeron gritos en los aposentos del mago. El anciano apartó de un manotazo el paño que cubría la supuesta lámina de obsidiana. Sin que ninguno de sus ayudantes se sorprendiera cruzó el marco para increpar a la mujer, que aún no se había movido de la butaca. Volvieron a cruzar la inexistente lámina, agarrados el uno al otro en un forcejeo tan desinhibido que delataba su relación conyugal, hasta que se les añadió la verdadera madre de la criatura dispuesta a impedir que dañaran a su descendencia. Cuando por fin se aplacaron los furores de la reyerta, descubrieron que aquel anillo se parecía en muy poco al que llevaba el gobernador. «Ha sido sólo una coincidencia —sentenció el mago—, pero basta para hacernos comprender que la gente sólo ve lo que quiere ver. Si lo hacemos bien, la representación que hoy hemos iniciado puede no acabar nunca».

A la mañana siguiente los soldados buscaron al mago por todo el palacio. Lo encontraron en las bodegas entregado a los sopores del vino. Dormía caído de bruces sobre una de las mesas, junto a una mujer de pechos enormes que roncaba apacibles truenos. Ella fue la primera en oír los improperios de los soldados. Bostezando ostentosamente, no dudó en vaciar un cubo de agua en la espalda encorvada de su anciano acompañante. Acabó de despertarlo a gritos, y poco después se presentaba el mago ante el sátrapa con su túnica refulgente y la mirada perdida en un arcano vahído. El gobernador descubrió de inmediato los estragos del alcohol en el

rostro del farsante, que al moverse despedía además el hedor de sus sudores confundido con el aroma de las mejores rosas de Persépolis. Pero pensó que no le tenía allí por ser un hombre agradable, y sin poder evitar un gesto de malicia le ordenó que utilizara su lámina para mostrarle a la mujer más bella del mundo. El mago le contempló con cierto asombro, pues no había previsto ese capricho. Sin embargo, reaccionó con su habitual aplomo. Esbozó una sonrisa de asentimiento, inclinándose ante su señor con sumisión y complicidad.

Aquella misma mañana abandonó el palacio y se internó en los callejones de Sardes. Preguntó en una taberna, donde un hombre se avino a acompañarle hasta una puerta recóndita. La túnica destellaba en las sombras cuando el mago entró en la casa. Necesitó poco tiempo para escoger entre las prostitutas a la menos deteriorada, y algo más para negociar con el dueño del burdel. Regresó a la calle con la muchacha embozada en un manto que la cubría hasta los pies. Un viento súbito agitó la prenda. La prostituta soltó una risa pueril y se cubrió con premura. Su mirada risueña encontró la del mago para perderse luego en la contemplación del cielo cambiante. Las nubes huían con la celeridad del humo y en lo alto de la montaña el palacio aullaba como una lechuza. Por la noche el sátrapa había sucumbido ya a la melancolía. El mago pensó que iba a resultar difícil deleitarle. Tendría que utilizar para ello todo su incierto poder.

Antes de comenzar la sesión, la muchacha bostezaba sobre un catre de suntuosas telas fenicias al otro lado de la lámina, mientras la mujer del mago probaba en su propio rostro la máscara. Oyeron al mago proferir absurdas palabras y comprendieron que el sátrapa acababa de entrar en el aposento. La mujer del mago obligó entonces a la prostituta a adoptar una postura lánguida y descubrió su cuerpo desnudo. Miró a través de un diminuto orificio los preparativos del anciano farsante. Sentado en su catre —idéntico al de la prostituta—, el gobernador permitía que empolvaran su rostro como el de una cortesana pervertida. Luego se tumbó de costado, la mirada ansiosa sobre el paño que cubría la obsidiana, y el mago le pidió que escondiera el miembro entre los muslos. Su mujer se apresuró a fijar la máscara sobre las facciones vulgares de la muchacha, peinó bien su melena sobre la tela suavísima, y se apartó

con un gran abanico entre las manos. En breve se hizo la oscuridad. Las pupilas de la matrona se impregnaron muy lentamente con la luz helada de la luna. Muy cerca oía la respiración pausada de la prostituta, y al otro lado del marco los roncos susurros del mago y los jadeos arrebatados de su señor, que ya debía entrever las formas de la muchacha en la penumbra. Comenzó entonces a abanicar a la mujer más bella del mundo, que cometió la indelicadeza de rascarse una cadera. No iba a destronarla un descuido tan venial. El sátrapa, que había perdido el pudor, sollozaba embargado por la voluptuosa contemplación. La obsidiana reverberaba la silueta desmayada de una doncella desnuda, mientras el gobernador pensaba que nunca había abrazado un cuerpo tan lúbrico y a la vez tan delicado como el que tenía el torturante privilegio de contemplar. En vano buscó su rostro. El cabello de la muchacha ondulaba sobre la almohada con la cadencia con que el mar agita las algas, pero sus facciones parecían diluidas en una superficie tersa y opaca. El sátrapa hizo un esfuerzo inútil por asentar la mirada en el huidizo semblante de la máscara. La escasa luz de la luna no podía mostrarle las sombras de unos rasgos que no existían, y el gobernador vio esfumarse la visión sin haber podido retener la identidad de la muchacha. Cubrieron la lámina con el paño. Mientras en el mundo real el sátrapa se incorporaba enmudecido por el desconcierto, en el mundo reverberado la mujer del mago recuperaba la máscara y cubría con una mano los labios de la ninfa. Inmóviles ambas, escucharon al farsante explicar a su cliente que la obsidiana era incapaz de descubrir sus más recónditas apetencias, entre las que se encontraba el que para él sería el rostro más bello del mundo. Pero la lámina se había aventurado a ofrecer una silueta que el sátrapa consideraba de una hermosura sublime, mucho más delicada que las de todas sus mujeres. Quiso saber si el viento que hacía ondular su melena, era el mismo que alzaba el polvo de las calles de la ciudad. El mago encogió sus hombros huesudos.

—Puede ser una muchacha de Sardes —contestó con crueldad—, pero puede ser también de cualquier lugar donde alguna vez haya soplado el invisible.

Tuvo que ausentarse el sátrapa durante unas semanas, que el mago entregó a los peores excesos. Sus costumbres libertinas incordiaron a todos en aquel caserón de paredones de barro, pero el

gobernador había ordenado que se le tratara como a un invitado, y como tal se comportaba el farsante adivino. Hasta la prostituta, que amenazó con revelar la verdad de sus rasgos prosaicos si se la devolvía al burdel, pasó a integrar su desalmada comitiva. Vomitaron los mejores caldos de Lidia sobre las alfombras que extendían en las terrazas para ver la danza inmóvil de las estrellas, y pervirtieron a parte de la servidumbre en orgías que no encontraban su final ni en la soledad tenebrosa del amanecer. Pero el sátrapa regresó un buen día rodeado por sus temibles arqueros. Nada más entrar en el palacio convocó al mago. Llegaba el gobernador de un lugar donde había podido contemplar la desolación infinita del último viaje, y ya sólo deseaba saber cómo iba a ser su muerte. El mago esbozó de nuevo su ambigua sonrisa.

Aquella noche el sátrapa posó para la obsidiana arropado en un sudario y con el rostro cubierto de polvos de arroz. El mago, para impresionarle, simuló un hipogeo con losas de piedra que hizo subir desde la ciudad. A la exigua luz del candil el sátrapa se recostó en la tumba con demasiado miedo para entornar los ojos. No iba a ser necesario marearlo con inexistentes sortilegios, pues la obsidiana tenía una noche creativa. Entró el débil rayo de luna, que iluminó la profecía de su postrera victoria. «Ningún otro hombre ha visto el lugar exacto donde hallará la inmortalidad», murmuró el mago. Estaba seguro de que el gobernador sucumbiría al placer de descubrirse poderoso, y había preparado el más tentador de los augurios. Apoyado en la improvisada sepultura en la que temblaba su cliente, el anciano impostor contempló con orgullo su obra. En el suelo se hacinaban cadáveres de piel azafranada, amontonados tras el fragor de una contienda claramente adversa. Erguido sobre ellos, un anciano de brazos hercúleos oteaba el remoto paisaje que acababa de someter al imperio. El sátrapa ahogó un gemido al ver que los pertrechos del provecto guerrero eran los mismos que él lucía en campaña, aunque adornados con los oropeles de un título en el que le daba pánico pensar. Aún no se había recuperado de la impresión cuando uno de los cadáveres, a espaldas del héroe, logró alzar un brazo que sostenía un venablo de rara manufactura. Fue tal el grito que soltó el sátrapa, que al otro lado de la lámina los muertos dieron todos un brinco breve que pudo interpretarse como su último estertor. Eso no impidió que el taimado moribundo, tras

recuperar la compostura de su felonía, iniciara el gesto de atravesar al héroe con su rejón. Pero ya el mago cuchicheaba ordenando que velaran la luz de la luna y alzaba su afilada silueta para lamentar el alarido del gobernador. La obsidiana acababa de perder la inspiración.

II

Y cuenta la historia que llegaron a Sardes unos mercaderes con el último prodigio de Egipto. Lo instalaron en el salón de los hipopótamos frente a un pequeño trono para que el gobernador pudiera entretenerse en su contemplación. Ciertamente se entretuvo tanto como deseaban los mercaderes. Con las manos inermes sobre el estómago y la mirada absorta en el prodigio escuchó su glosa de buhoneros, y aún permaneció un rato más observando en silencio. Después ordenó a la guardia que buscara al mago.

Cuando el anciano farsante entró en la sala, creyó que se le helaba el corazón. Sentado de espaldas a él, el sátrapa se contemplaba en un gran espejo de cobre bruñido. Se acercó el mago hasta reposar las manos sobre el respaldo del trono, y sus miradas se encontraron sobre la superficie brillante del espejo. La indignación hacía tiritar los labios del mandatario, pero el mago, sin perder la calma, le ofreció el reflejo de la más insolente de sus sonrisas.

—Sabes bien que la mentira es la peor de las desgracias —habló el gobernador con voz contenida—. Quiero saber si debo castigar a estos mercaderes, pues aseguran que su lámina muestra la única reverberación posible de mi persona, y sostienen que lo demás es labia de embaucadores.

El mago hizo un gesto con el brazo con el que parecía querer dar a entender lo efímeras que eran las cosas o lo inabarcable del universo.

—No creo que debas castigarlos —contestó—. Hasta es posible

que su lámina te sirva para decorar las estancias de tu palacio. Por lo demás, la encuentro en exceso impúdica pues recoge detalles de dudoso gusto, y carece sin duda de la inspiración artística de la obsidiana. Es una buena falsificación, pero puedo desenmascararla con una prueba bien sencilla.

Cogió el mago de un frutero un racimo de uva y se lo entregó al sátrapa. Sus miradas volvieron a encontrarse en el espejo. Sin retirar la suya, el farsante se agachó para hablar al oído de su señor.

—Alza tu mano derecha con el racimo y contempla este reflejo que, según dicen, te reproduce con tanta perfección que no existe otro posible.

El gobernador inició una sonrisa y las pupilas del mago se iluminaron.

—Tu reflejo lleva el racimo en la izquierda —susurró el anciano impostor—. ¡En la izquierda! ¿Te fiarías de un guerrero que, al ir a coger la espada, no supiera con qué mano hacerlo?

El sátrapa soltó entonces un suspiro de alivio y mordió una de las uvas henchidas de pulpa madura. Una vez más perdonó en su interior al mago por la fetidez de su aliento. Le contempló en el espejo con cierto desprecio, pero el mago sabía que el desdén del gobernador iba dirigido a la lámina invisible que se interponía entre sus miradas.

—Tu honradez es un bálsamo para mi inquietud —sentenció el sátrapa—. Precisamente iba a pedirte hoy algo muy especial: quiero verme copular esta noche con Anähita, nuestra diosa fecunda y extraña.

DE CONFUSIONE PERSONALITATUM

¡Ah, la culpa, la culpa! Debo confesarlo: he sido un buen librero, pero una mala persona. Se podría decir en mi descargo que nunca tuve mucha suerte. No la tuve con mi negocio, condenado a una agonía interminable que lo iba sumiendo en la decadencia. La librería Acracia, que abrí en el casco antiguo de la ciudad, vivió unos escasos años de esplendor al final de la dictadura, cuando el militar con ínfulas de obispo se desentendía ya de perseguir la difusión de los libros que él mismo había prohibido. Tenía entonces mi librería, a un lado y a otro, una pizzería anarquista y una tienda de discos radical. Una tienda que vivía en la fe de los Rolling Stones y no en la de los Beatles, ya se me entiende. Ambos establecimientos cerraron hace años, pero en aquellos tiempos hacíamos entre los tres un núcleo de cultura revolucionaria. Era la época vertiginosa de las trastiendas. Todo sucedía allí. En las trastiendas leíamos, nos drogábamos y follábamos como locos. En las trastiendas conocíamos a poetisas suicidas y a virulentos defensores del situacionismo. En las trastiendas, en fin, tu mejor amigo te confesaba que era homosexual y un tipo con gafas, al que no habías visto nunca pero que ya se había comido él solo la mitad del pastel de marihuana, te preguntaba muy exaltado si creías en el arte por el arte. Lo mejor de esos lugares recónditos y llenos de sucios almohadones era que a pesar de que en ellos estábamos todos —tal como siempre sucede, pues cada generación dispone de un solo escenario—, todos nos creíamos únicos y muy privilegiados por estar allí. También, como es lógico, se vendían muchos libros prohibidos pero no perseguidos, y uno encontraba a la mujer de su vida y era, creo, feliz —como cantaba aquel genio sentimental que también vendía muchos discos relativamente prohibidos.

Tampoco tuve suerte con el amor. Instaurada la democracia y hundido el libro de ensayo, empezó una época turbulenta de vuelta a la narratividad. Se vendía mucha literatura española, pero ya no

en mi magnífica trastienda, que sacrifiqué para ampliar la zona dedicada al negocio. Y es que todo había salido a la luz, y lo había hecho con una inocencia mercantil que nos impedía darnos cuenta de que *todo* era en realidad muy poco. Nunca, en la historia del arte, se ha sentido un orgullo tan intenso por la propia cultura en un momento y en una nación tan desprovistos de grandes creadores. Nunca… ¡ni en Francia! Fue entonces cuando el amor de mi vida, que era una mujer sensible y por lo tanto siempre un poco desesperada —y también un poco en exceso narrativa—, decidió buscar fuera la excitación que habíamos perdido, mientras yo, menos belicoso que ella, descubría los efectos sedantes del alcohol.

No quiero extenderme en aquellos años que me parecen lamentables. Lo importante, dentro del discurso que intento hilvanar, es que también tuve mala suerte en otro asunto verdaderamente definitivo, pues afectaba a todos los demás: tuve una trágica mala suerte con mi manera de ser, con mi carácter. ¿Qué maldito azar genético, desarrollado a lo largo de siglos y siglos de uniones carnales más o menos felices, de obligada selección natural, había podido dar lugar a aquello que era yo? Para que entiendan la historia que les voy a contar es necesario que sepan que siempre fui una persona desprovista de la más mínima entereza, de la más pequeña fuerza de voluntad y de cualquier capacidad de resistencia. Siendo así, ¿cómo pude esperar tanto de la vida? Y aun diría más: ¿cómo pudo encerrarse la mayor ambición intelectual, amatoria y hasta —que Dios me perdone— pugilística en el ser más abúlico, cansino y mediocre que ha engendrado este mundo absurdo y sus infinitas combinaciones genéticas? Pues sepan que ése fui yo: una nulidad nacida para ser el hombre más importante de esta tierra.

Mi carrera como librero escondía y amparaba una desmesurada vocación intelectual. Sin embargo, fracasé como ensayista cuando todo era susceptible de ser analizado y en consecuencia se analizaba con tanta enjundia y profundidad que, cuando ibas al cine, por poner un ejemplo, despreciabas la película si eras capaz de entenderla. Escribí un libro realmente abstruso. En él intentaba demostrar a lo largo de quinientas páginas, con gran alarde de documentación y todo tipo de argumentos inapelables, que era el mal —y no el azar, ni la necesidad, ni el destino, ni siquiera Dios o

el hombre— el verdadero motor de este mundo en el que yo iba a ser tan importante. Pero un libro que defendía que el mal es la causa de todo no debería haberse titulado *El mal es la causa de todo*. No era correcto. Daba demasiadas pistas sobre su contenido y el que lo leía, cuando lo acababa, descubría que le habría bastado con leer el título. Ése fue mi error, sin duda pequeño pero también definitivo, pues acabaría convirtiéndose en la causa de mi fracaso. A pesar de todo, estoy convencido de que, de haberse publicado en la actualidad con ese mismo e infame título, se habría vendido como churros. Nos hemos convertido en una sociedad a la que la molesta que la sorprendan.

Llegada la democracia y, tal como he dicho, hundido el ensayo —de lo cual, por resentimiento, saqué un cierto placer— fracasé también en mi incursión en la nueva narrativa. El amor de mi vida vivía momentos de gran exaltación porque nuestro país se había convertido en un lugar justo y feliz —como si eso fuera posible.

—Querida —le decía yo una y otra vez, lo que seguramente ayudaba a provocar la gran dispersión de sus futuros abrazos—, ¿no te das cuenta de que somos unos simios lascivos y muy, muy violentos? Si nos dieran el Paraíso lo convertiríamos de inmediato en un burdel para contrabandistas. Necesitamos la tensión de la aventura, y la aventura necesita esos lugares donde se reúne gente desdentada y viciosa que esconde navajas, gonorreas y las más sucias y criminales intenciones. No soportaríamos un lugar donde no pudiéramos ponernos en peligro.

En lógica consecuencia, con estas ideas escribí una novela durísima, sañuda diría, acerca de unos marinos negreros españoles del siglo XVII, que surcaban los mares de las Antillas convencidos de que los africanos que se hacinaban en las bodegas no eran otra cosa que una asquerosa plaga que era mejor exterminar, si no dedicar a trabajos forzados, sin darse cuenta, los negreros españoles, de que era bien cierto lo que pensaban de los africanos que se hacinaban en las bodegas, pero no más cierto que si lo pensaran de ellos mismos o de cualquier otra persona. Como se ve, era una novela voluntariamente desagradable que no hacía concesiones.

Ser librero me abrió las puertas de alguna que otra editorial, pues los editores, por razones obvias, tratan bien a los libreros que quieren ser escritores. Lo mismo les sucede con los críticos, que

siempre acaban enviándoles alguna novela propia que los editores leen con gran desesperanza y que muchas veces publican, desesperanzadísimos. Y, sin embargo, a pesar de esa gran predisposición positiva, cuando me reunía con los editores y escuchaba las alabanzas que dedicaban a mi novela tenía la impresión de que algo en ellos, algo de orden espiritual, saltaba por la ventana huyendo de los negreros españoles y de los africanos hacinados en las bodegas y hasta del autor de aquella obra sin concesiones, de forma que, cuando acababan de hablar tan espléndidamente de mi libro, me enfrentaba a unos caparazones vacíos incapaces de hacer nada y mucho menos firmar un contrato, tal como yo esperaba. ¡Ah, qué bien gestionan la desesperanza los editores, tan ricos todos y tan desesperanzados!

Fue así como me convertí en los restos inerciales de mis propias ilusiones. Y fue entonces cuando se produjo el milagro que el destino —o el mal, ese mal guasón que flota en el aire que respiramos y que es la causa de todo— me iba a impedir aprovechar. Sé que les va a costar creerme, pero la culpa, que no es otra cosa que una rata que anida en el alma, me obliga a contarles esta historia.

Resulta que en los últimos tiempos, por causa del desastre permanente en que se había convertido el negocio, había ampliado yo mi actividad a los libros de saldo, lo que me permitía generar algún ingreso extra y, lo que era más importante, me permitía también salir de la librería donde me había enterrado en vida para ir a visitar las bibliotecas particulares que me iban ofreciendo. En su mayor parte, éstas solían haber pertenecido a un finado reciente, y lo que las pobres viudas pretendían venderme —con gran dolor, pero acuciadas por la necesidad— era el contenido de un par de estantes, situados siempre cerca del televisor, que no iba más allá de algunos fascículos coleccionables y otros tantos libros de regalo de las cajas de ahorros. Si el marido fallecido había sido en el pasado un parrandero de derechas, podía haber, también, algún libro de Camilo José Cela relacionado de una forma o de otra con las putas. Y eso era todo, por lo habitual. Sin embargo, ocurría a veces que la viuda, con voz asustada por la profanación que iba a cometer, me hablaba del despacho de su hombre. En esos casos se me disparaba de inmediato el corazón. Si había un santuario, la

cosa era muy distinta. Me había ocurrido algunas veces, al abrir la puerta de goznes chirriantes, encontrarme ante verdaderos tesoros amontonados en cubículos diminutos.

Fue en una de esas ocasiones cuando descubrí el libro asombroso que iba a acabar generando toda esta culpa que ahora me corroe. Me habían citado a las cinco de la tarde. Había llegado hasta el lugar paseando, pues no se encontraba lejos de la librería. Se trataba de un piso muy grande y muy antiguo del casco antiguo, un piso que todavía conservaba, en los relieves de los techos y en los restos de pinturas al fresco de algunas paredes, cierto aire, aunque humedecido, polvoriento y descascarillado, del ambiente palaciego que algún día quisiera imitar. Pensé que en aquel piso se había dejado buena parte de su fortuna un indiano del que ya nadie se acordaría. La viuda que lo habitaba en la actualidad era menuda pero muy enérgica. Me estrechó la mano. La suya estaba llena de tendones y rígida como un tenedor de madera. Comenzó a hablar en un tono bastante agrio.

—Escúcheme usted. Mi marido era un buen hombre y un buen médico, urólogo. También era un escritor frustrado, como tantos grandes médicos españoles. Ahora que estoy sola tengo que vender los libros que él almacenó durante toda su vida. He visto el anuncio que ha puesto usted en la prensa.

Y concluyó, mirándome de forma desafiante:

—Aunque mi marido era un buen urólogo, nunca quiso ser médico. De hecho, odiaba serlo. Comprenderá entonces que lo que voy a venderle era muy importante para él, y lo es también para mí… No va usted a estafarme.

Me condujo por un largo pasillo, ancho como una pista de tenis, y abrió unas altas puertas de cristal esmerilado. Me encontré en un despacho de tamaño descomunal. En el centro había una gran mesa de ébano de Makasar con las patas terminadas en pezuñas de león. Sobre ella, un tintero de plata adornado con la figura de una mujer desnuda, yacente y muy melancólica. Las paredes, a excepción de dos balcones que daban a la calle, estaban cubiertas por amplias estanterías repletas de volúmenes antiguos. No era necesario mirar más para darse cuenta de que aquella biblioteca valía una fortuna.

—Aquí tiene los libros —atronó la voz enérgica de la viuda—. A mi marido le costó muchos años reunirlos. Muchos años y muchos

viajes. A veces iba a buscarlos al fin del mundo. En fin, que no los venderé por menos de cien mil pesetas.

¿Les he dicho ya que yo era un canalla? Miré al techo con ojos llenos de pesar, como si acabaran de comunicarme una triste noticia. A continuación di la espalda a aquel tesoro baratísimo y, dejando caer los hombros, introduje las manos en los bolsillos del pantalón. Con aquel gesto, que tenía muy ensayado, daba a entender que era un hombre con pocos recursos y que no podía pagar un precio tan elevado por algo que, sin embargo, me gustaba mucho. Era un gesto de derrota ante el que mis proveedores solían reaccionar con ágil misericordia.

—Ochenta mil pesetas y ni un duro menos —exclamó la viuda—. Si no le interesa, váyase.

Había tantos libros allí que, una vez trasladados a mi negocio, tuve que habilitar de nuevo la trastienda —cerrándola a una actividad comercial por lo demás irrisoria— para acogerlos. Por las noches, cuando mi único empleado apagaba las luces y bajaba la persiana metálica, solía encargar una pizza nada anarquista y me quedaba al fondo del local catalogando aquella biblioteca que el cielo, o mejor dicho el mal, me había regalado. Al placer de hallar cada noche incontables ejemplares de gran valor unía yo, sin que se me cayera la cara de vergüenza, el de recordar una y otra vez el precio ignominioso que había pagado por todos ellos.

Un día en que me había entretenido más de lo habitual descubrí, al abrir una de las cajas, un extraño paquete de papel de estraza atado con una cuerda y sellado con lacre. Sobre él alguien había escrito, con tinta de un rojo renegrido como la sangre y una grafía muy pulcra de alabeos barrocos, unas palabras en latín: *De confusione personalitatum*. Y, debajo de ellas, con otra tinta y una letra nerviosa, casi ininteligible —¿letra de urólogo?— una advertencia o quizá una orden: «No abrir en ningún caso».

Observé el paquete durante unos instantes. Luego, tras buscar unas tijeras por entre el desbarajuste permanente de mi recuperada trastienda, corté la cuerda y desprendí el lacre. Al abrir el papel de estraza encontré dos libros idénticos que reproducían, en ambas portadas, el mismo título en latín que aparecía escrito en el exterior del envoltorio. Para impedir que pudieran abrirse, cada uno de los dos libros estaba a su vez atado con una cinta de seda deshilachada

por el tiempo y anudada con un lazo. Ya iba a deshacer el primero de ellos cuando me di cuenta de que un sobre deteriorado por la humedad había caído al suelo entre mis pies. Saqué de él una hoja que, al desdoblar sus pliegues, amenazó con desintegrarse entre mis dedos. Estaba escrita en castellano antiguo con la misma tinta como sangre seca que se había empleado en el papel de estraza. A medida que la leía tuve la sensación de que el corazón me ascendía por el pecho y comenzaba a latirme en la garganta. No podía ser cierto lo que explicaban aquellas líneas. ¡Era del todo imposible! Alcé una mirada más aturdida que reflexiva y la paseé por la tienda en penumbra. Detrás del mostrador vacío, al otro lado del cristal del escaparate y de los libros expuestos que me daban todos la espalda, se veía la calle desierta en la más profunda oscuridad. Tuve la certeza de que algo grave me estaba sucediendo, algo de lo que no iba a salir impune. Y me entró un cansancio tan grande que poco a poco me desplomé de costado sobre las montañas de libros. Fui perdiendo la noción de mí mismo y también la de aquel prodigioso descubrimiento. Finalmente, no sé si me dormí o si perdí el sentido, abrumado como un niño tras un día cargado en exceso de visiones nuevas y turbadoras.

A la mañana siguiente, cuando mi único empleado llegó a la librería yo ya había alzado la persiana y me encontraba tras el mostrador esperando con impaciencia mientras simulaba ordenar papeles. A pesar de que me asaltaba a veces una ansiedad cuya causa el lector no tardará en comprender, la verdad era que estaba bastante tranquilo, y hasta disfrutaba de ese plácido sosiego que sólo proporciona el arte de la caza. La decisión ya estaba tomada: tras una vida tan poco asistida por la suerte, no podía desaprovechar aquel regalo de la fortuna por mucho que sospechara —desde el mismo momento en que me había despertado semienterrado por los valiosísimos libros del urólogo escritor— que no era otro sino el Maligno, como causante de todo, quien me lo ofrecía. Cometería la mayor de las iniquidades y mi vida se encauzaría por fin hacia un éxito intelectual arrollador e inigualable. Se trataba, a fin de cuentas, de nacer de nuevo con un nuevo pecado original, lo que no me parecía tan grave dada la situación del mundo.

La nota que me había puesto al corriente de todo aquello había

sido rasgada en mil pedazos y deglutida por el inodoro. Sabía ya la forma como tenía que hacerlo y sabía también quién iba a ser la víctima. Sólo cabía esperar a que apareciera por allí don Leopoldo, un hombre ya mayor, catedrático de filosofía, que se había hecho célebre tanto por sus rigurosos y creativos ensayos acerca del arte y del pensamiento —de obligada consulta en todas las universidades—, como por unas novelas de aventuras a las que él, con un cariño no exento de algún desprecio, llamaba *mes petites bricoles*. Aquellas «pequeñas chapucillas» se vendían por cientos de miles en todas las lenguas a las que eran traducidas. Y es que don Leopoldo encarnaba todo aquello para lo que yo creía haber nacido. Se mirase desde el ángulo que se mirase, no era justo que yo tuviera que seguir siendo tal como era hasta la hora de mi muerte mientras él, de una forma regalada y desmerecida, disfrutaba de sí mismo todos y cada uno de los días de su vida sabiendo que nadie podía hacer nada para evitarlo. Sin embargo, aquella mañana, gracias a mi increíble descubrimiento de la víspera, parecía haber llegado por fin el momento de corregir aquel lamentable desfase en la historia siempre confusa y atropellada de los genes.

El afamado intelectual no se hizo esperar. Apareció por la librería a media tarde en busca de un libro de poesía que, anunció, estudiaría en profundidad. Para cualquiera que conociera al sabio era fácil pronosticar que aquel pobre poeta iba a ser diseccionado en una autopsia inclemente que pondría al descubierto sus pocas virtudes, pero también todos sus defectos. ¡Cómo admiraba yo la capacidad de don Leopoldo para emitir opiniones sin dudar lo más mínimo, esa facilidad con la que dejaba un juicio sobre la mesa como quien destapa un póquer de ases!

Pronto, muy pronto, aquel codiciado aplomo sería solamente mío. Antes de entregar a don Leopoldo los poemas que en su envidiable soberbia iba a atreverse a reescribir, fui a la caja fuerte y saqué uno de los dos ejemplares de *De confusione personalitatum*. Le dije que aquel libro había caído casualmente en mis manos, que sospechaba que tenía un cierto valor y que necesitaba con gran urgencia que me diera su opinión, pues me habían hecho una oferta. Él, como todo buen entendido, lo observó en un principio con aparente desinterés. Luego, como viera yo que se disponía a desanudar la cinta que lo protegía, me apresuré a quitárselo de las

manos. Lo guardé, junto a la obra del desdichado poeta, en la cartera de mano que el sabio llevaba siempre consigo.

—Quédeselo —le dije—. Ya me dará mañana su veredicto.

Así puse en marcha mi siniestro plan. Aquella noche, tumbado en la cama con el otro ejemplar del libro en el regazo, me entretuve imaginando a don Leopoldo acostado a su vez en su dormitorio, o hundido en un cómodo sillón o acodado en la mesa de su despacho. En cualquiera de las posiciones sostenía entre las manos el libro del urólogo fallecido y daba comienzo a una lectura que acabaría convirtiéndose en su condena. Suspiré profundamente y empecé yo también a leerlo.

En una primera parte, el autor anónimo de aquella obra se entretenía en una bonita disertación acerca de la facultad que tiene la literatura de regalar recuerdos. Era bien cierto aquello. Después de tantos años sentado en el taburete del mostrador de la tienda leyendo un libro detrás de otro, me sucedía a menudo que recordaba paisajes, situaciones y hasta personas que sólo había visto en la ficción, y los recordaba con tanta o más nitidez que los recuerdos reales que guardaba de mi propia y aburridísima vida. Proseguía el autor con una serie de ejemplos entresacados de grandes obras clásicas, en unas páginas de erudita belleza y de gran valor narrativo. Sin embargo, a medida que avanzaba en la lectura, el texto iba perdiendo su tono elegante y se volvía cada vez más obsesivo, más centrado al parecer en las confusiones de la mente que en las virtudes de lo literario, para acabar buceando peligrosamente en esa amalgama caótica que conforma la memoria y que, con un pie en este mundo y el otro en la locura, no es otra cosa que lo que llamamos nuestra personalidad. Leía yo en voz alta, despacio —tal como recomendaba la nota que había destruido aquella mañana—, hasta que alcancé las últimas páginas, entregadas por completo a un laberinto de términos y de sentencias que me era imposible descifrar pero que recitaba con la fe de los necesitados. Cerré el libro, al acabarlo, preguntándome qué tipo de mente perversa podía haber escrito un texto tan hermético como aquél, tan liviano y al mismo tiempo tan inexpugnable, tan desprovisto de sentido que daba miedo leerlo, como dan miedo los actos de aquellas personas que de ninguna manera podemos entender. Lo cerré y, recostándome sobre la almohada, me pregunté

si sería cierto lo que anunciaba la nota asombrosa que lo acompañaba. Me costaba creerlo, pero nada perdía por intentarlo. Si aquellas líneas escritas con tinta de color sangre no engañaban, a la mañana siguiente las páginas de los dos ejemplares estarían en blanco. Aun así, aquello constituiría sólo la anécdota. Lo mágico, lo inexplicable y terrible sería que, a partir de aquel momento, yo disfrutaría de la rica y compleja personalidad de don Leopoldo mientras él —pobre sabio acabado— padecería para siempre la mía. Apagué la luz de la mesilla. Aunque tenía la cabeza apoyada con fuerza sobre la almohada, tuve la desagradable impresión de que entre la tela y mi nuca se deslizaba un soplo de aire muy frío.

Cuando me desperté ya había salido el sol y su luz se filtraba por entre las lamas de la persiana. De inmediato cogí el libro y comprobé que al menos el primer dato era cierto: las páginas estaban todas en blanco. Pero aquello podía deberse a algún tipo de tinta especial. Me duché y me vestí sin advertir ningún cambio en lo que verdaderamente me importaba. Nada sobrevenía. Ninguna sensación desconocida. Tampoco ningún pensamiento brillante, aunque en justicia debía reconocer que la hora era demasiado temprana hasta para don Leopoldo. Pasó el rato mientras esperaba sin éxito percibir alguna alteración en mi detestable carácter. Muy decepcionado, me encontraba ya en el autobús camino de la librería cuando sucedió una cosa extraña. A la mujer sentada a mi lado se le había abierto el bolso al dejarlo junto a ella, y yo alcanzaba a ver en su interior el monedero. En un momento en que la mujer se distrajo mirando para otro lado, alargué una mano y lo sisé. Poco después entraba en mi negocio con el monedero en un bolsillo de la americana y una gran vergüenza que debía de reflejárseme en el rostro. Saludé a mi único empleado y me encerré en el lavabo. Había en el monedero una lista de la compra, un carné de identidad y siete mil pesetas que me irían muy bien, aquella misma noche, para contratar los servicios de una mujercita complaciente. La podía imaginar ya, desnuda, con una copa de vino en la mano, riéndose sentada sobre las pilas de libros que se amontonaban a los pies de mi cama.

Dios mío, ¿qué me estaba sucediendo? Salí del lavabo con una sensación de angustia que me atenazaba la garganta y me impedía respirar. Para mayor desconcierto, en aquel preciso instante entraba

don Leopoldo en la librería. Parecía muy alterado.

—¡Amigo mío! —exclamó al verme—. *Je suis désolé, tout à fait désolé*. Ayer, antes de encerrarme en mi casa, fui a tomar un café al bar de la esquina… ¡y me robaron la cartera! Y yo me pregunto, ¿a quién podía interesarle un par de libros y mi libreta de notas? ¡Ya no hay seguridad en este mundo! ¡Ni decencia! ¡Lo único que hay es confusión y desorden!

Han pasado algunos meses desde aquel día. Don Leopoldo, a pesar del robo de sus notas, acaba de publicar un valiosísimo ensayo sobre la poesía de posguerra. Valiosísimo para quien le interese, porque yo, la verdad, sólo pienso en divertirme. Desde el día en que leyera *De confusione personalitatum* la vida se ha convertido para mí en una fiesta permanente. Lo único que enturbia un poco mi alegría es el peso de la culpa, esta culpa que me causa la idea de saber que un ladronzuelo, que era feliz hasta que yo le cambiara su carácter por el mío, anda ahora por la ciudad como alma en pena lamentándose de que nadie sepa apreciar su enorme capacidad intelectual. De lo que deduzco, pues esta culpa que siento también proviene de él, que se trataba en el fondo de una buena persona.

RETRATO DE FAMILIA CON CATÁSTROFE

Todo empezó cuando papá descubrió a Heráclito en la sección de literatura de una revista de medicina. Fue en la sala de espera del médico que debía curar a Javier de lo que entonces creíamos que era una especie de hidropesía generalizada. Luego supimos que Javier estaba esperando a que alguien le diera un motivo filosófico para expandirse, cosa que hizo papá con su habitual positivismo intempestivo. Pero no quiero adelantar los acontecimientos. Yo estaba también en la sala de espera, pues mi hermano, para dejarse tratar su supuesta hidropesía, había puesto como condición que me hiciera mirar lo que mamá llamaba «la anemia que ha convertido a mi hija en nada», diagnóstico que me indignaba por su insultante imprecisión. Más de acuerdo estaba con la opinión de papá, que creía que yo tenía una consciencia algo menguada de mis propios límites, lo que con el paso del tiempo me llevaría a lo que más adelante contaré. Sea como fuere, papá cogió al azar una revista de las que había sobre la mesa, y de inmediato le llamó la atención que las páginas de literatura, que debían justificarse de alguna manera por ocupar espacio en aquella publicación, comenzaran hablando de la hidropesía que acabó con la vida del filósofo presocrático. Sentada junto a papá, leí con gran asombro el relato de la muerte del filósofo, enterrado en estiércol y devorado por los perros, y acudí luego a consolar a Javier, que no quería morir de aquella manera tan extraña y tan impropia de un poeta romántico. Javier deseó siempre fallecer ahogado a la manera de Shelley, y a ser posible en el mismo lugar, lo que realmente daba pocas opciones al destino. De todas maneras, aún no había elaborado su teoría del amor como catástrofe intelectual, que tanto iba a consolarle durante los días difíciles del verano. Pero volvamos a la sala de espera del consultorio, en donde papá descubría a Heráclito y se desataban los mecanismos exactos del desorden. ¡Dios mío! Puede ser *tan* complicado escribir acerca de mi familia… Papá alzó los brazos con

su mímica algo excesiva, y con voz reposada dijo «no hay días malos ni días buenos, pues la naturaleza de cada día es única». Entienda el lector que papá, preocupado siempre por una cuestión que trataré de explicar, había convertido su cerebro en algo parecido a un atolladero. Como muestra bastará contar que por las noches, cuando el silencio era absoluto y nos hallábamos todos entregados a la lectura, era habitual que papá gritara que no soportaba más el ruido de la centrifugadora, lo cual provocaba en mamá un súbito ataque de tos convulsiva. No era para menos. Mamá era una persona sencilla que había vertebrado su explicación de las cosas en tres supuestos que defendía con una gran fe, aunque también con una soterrada vocación de mártir. A saber: que Dios le parecía un ser básicamente distraído y nada apocalíptico, semejante quizá al Baco adolescente de Miguel Ángel; que san Pedro de Verona, al caminar con el hacha clavada en la cabeza, se convertía en la representación de la belleza en su acepción más embriagadora y más llena de desaliento; y que la reencarnación de los muertos en otros cuerpos era no sólo un derecho adquirido por toda conciencia honesta, sino también una obligación para la Naturaleza entendida como una batidora imposible de abrir. Éste era todo el bagaje teórico, algo escaso pero insospechadamente práctico, con que mamá se enfrentaba al mundo. Javier, que hasta que se enamoró fue siempre algo recalcitrante, decía que todo colectivo de pensadores requiere de un místico aunque sólo sea porque alguien ha de lavar los platos. Y mamá recogía el insulto con indiferencia, pues se había acostumbrado a no escuchar los aforismos con que la bombardeaban sus hijos. De hecho, iba siempre con el auricular de la radio engastado en una oreja, lo que la obligaba a resolver las labores domésticas con una sola mano, pues con la otra sujetaba el transistor. En vano intentamos convencerla de que llevara el aparato en el bolsillo de la bata. Atenta siempre a aquellas voces lejanas que hablaban sólo para ella, nos contemplaba con mirada ausente, y con voz ligeramente estentórea nos suplicaba que fuéramos buenos. En especial a los gemelos, que por ser los más pequeños cargaban con todas las culpas. Al mayor de ellos, que llegó a la vida un poco antes que su hermano y que seguiría llegando un poco antes que él a todas partes, le llamábamos Javier y yo el Satélite Inmóvil en alusión a una novela que siempre quise

escribir. Se me ocurrió una noche al despertar de una pesadilla, y trataba de un pequeño satélite de comunicaciones, algo como de *muy poca importancia*, que se cansaba de dar vueltas y más vueltas y decidía pararse, y al parar no caía sobre la Tierra sino que permanecía realmente inmóvil, agarrado con todas sus fuerzas a sí mismo, hasta que el universo entero, aunque muy lentamente, comenzaba a dar vueltas en torno a él. Aquella noche desperté a Javier para explicarle mi argumento, y Javier dijo que el satélite inmóvil no era otro que el mayor de los gemelos, lo cual era espantosamente cierto. En cuanto al pequeño, a ése le llamábamos todos, incluida mamá, el Gran Desconocido. Era autista, y no supimos para qué servía hasta que empezó a hacerse famoso en el mundo del espectáculo. Eso fue cuando papá había comenzado ya a redactar su prontuario de la genialidad, durante aquel verano inagotable en la playa. Hasta ese verano, el Gran Desconocido permaneció sentado junto a una ventana murmurando por lo bajo la tabla de multiplicar hasta el cien y memorizando pi hasta el decimal número mil, tan reconcentrado como pueda estarlo una adelfa en el momento de echar los brotes. Pero volvamos a los días en los que preparábamos aquellas increíbles vacaciones. Se veía venir que era el último verano que iba a pasar junta toda la familia, y quizá por ello papá alquiló una torre en la playa. Era tan *enconadamente* maravilloso cuando se lo proponía… Los gemelos cogieron el sarampión a tiempo para alargar un poco el plazo de que disponíamos para hacer el equipaje, y Javier y yo recorrimos docenas de librerías en busca del material que necesitábamos para un período de enfebrecido reposo. Dos semanas antes de partir, mamá había llenado ya el recibidor y el pasillo de maletas y baúles que todos apartábamos para poder entrar o salir de nuestras habitaciones, y que abríamos para rescatar unos calcetines o una camisa limpios, lo que generaba un considerable griterío doméstico. Hasta el Gran Desconocido, encaramado por lo general al baúl más alto, con la cara llena de granos y en los labios su interminable retahíla de cifras, contribuía al caos con su guinda de insoportable serenidad. No se puede decir, a pesar de todo, que fuéramos una familia distinta a cualquier otra a punto de partir de vacaciones, y eso era lo que papá no estaba dispuesto a tolerar. A papá le aterrorizaba la mediocridad *tanto* como a mamá la idea de la

muerte. Cuando mamá sufría una de sus depresiones, teníamos que ponernos todos ante ella para que viera cómo vivíamos, ceremonia un tanto embarazosa, pues no siempre es fácil encontrar el gesto que muestre que uno está viviendo en ese preciso momento. Mientras tanto, papá decidía que todo en la vida, hasta la personalidad de sus vástagos, podía comprenderse mediante un estudio exhaustivo del concepto de trayectoria. Todavía no había descubierto a Heráclito. Compró libros de meteorología y de balística para poder elevar su hipótesis sobre un vocabulario razonablemente técnico, y empezó a acorralarnos por turnos. Solía apostarse en el lavabo por ser un lugar en donde no teníamos escapatoria. Oculto en la bañera, esperaba a que alguno de nosotros se sentara en el retrete para salir de su escondite y tomar asiento en el bidé, con la naturalidad del que encuentra a un amigo en una cafetería. Desde esa época es un gesto común en mi familia mirar con aprensión detrás de la cortina de la ducha cada vez que se entra en un lavabo, pero creo que papá no llegó a ser consciente de su sofisticada cinegética. Semihundido en el bidé, con las piernas cruzadas y el hombro izquierdo apoyado en las blancas baldosas, miraba a su víctima con las pupilas perdidas en un pensamiento impenetrable, y de inmediato repetía su convicción de que la vida de un hombre es comparable en todo a la parábola que describe un obús. Pero su obús metafórico no era idéntico al proyectil de los artilleros pues a ratos tenía una muy precaria capacidad de autopropulsión, y podía además estallar cuando le viniera en gana. Tampoco los obstáculos que debía superar eran los mismos que preocupan a la balística. En el espacio de papá había huracanes y grandes nubes de arena, y había tanta aglomeración de pájaros, globos de todo tipo, aviones, pelotas, copas de árboles altísimos y espigadas antenas ennegrecidas siempre por los rayos, además de *millones y millones* de obuses intentando avanzar en *todas* las direcciones, que para cualquiera de ellos resultaba imposible ver nada a una distancia superior a los cuatro metros y medio (sic). No voy a insistir en esta teoría que, si papá estuviera a mi lado, repudiaría sin duda como apócrifa. Basta con decir, para lo que me he propuesto explicar, que papá concluía afirmando que la trayectoria era el soporte ético que permitía a un obús mantener su dignidad durante su vuelo breve y vertiginoso, pero que si se

deseaba saber quién era el obús, sólo podían consultarse las huellas producidas por sus múltiples encontronazos. Estaba a un paso, como se ve, de fundamentar su explicación del universo en las disimilitudes de pequeña magnitud. Tanto era así que al llegar a la torre que había alquilado nos pidió que olvidáramos por un momento los bultos en el suelo, y se puso ante nosotros con su libro de Heráclito bajo el brazo para pedirnos que recordáramos que lo importante no era dónde caía el obús, sino cómo era el obús un instante antes de estallar, y que estábamos todos citados cuarenta y siete días después a las seis en punto de la tarde en aquel mismo lugar, con los equipajes preparados y el menor número posible de *souvenirs* para emprender el regreso. Daba comienzo un verano que no íbamos a olvidar con facilidad, por decirlo de una manera insignificante. Pero no vaya a pensar el lector que ocurrió nada *realmente* importante, a excepción claro está del amor ingobernable de Javier, que convirtió a nuestro reposado pensador en un lugar lleno de turbulencias. Eso fue un par de semanas después, cuando por culpa de Edward
G.
Robinson empezamos a frecuentar el cine al aire libre. Habíamos dedicado los primeros días a tomar posiciones en aquella torre vasta que olía siempre a humedad. Mamá lanzó un alarido de placer al descubrir sobre la mesa del comedor un ramo polvoriento de flores de plástico, y lo puso sobre la nevera, que estaba allí mismo, junto a una mesita baja que soportaba un enorme televisor de transistores. En aquella casa todo era como muy *precario*, lo cual no fue obstáculo para que todos buscáramos la propiedad de aquellos rincones que por alguna causa nos parecieran especialmente agradables. Javier y yo ocupamos de inmediato el desván y lo llenamos de grandes ramos de rosas blancas, tan olorosas que al atardecer nos provocaban sutilísimos desmayos. Yo quería comenzar la redacción de una novela que pensaba titular *El libro vacío*, por lo que instalé mi mesa frente a un ventanuco que daba a la playa. Allí pasé días enteros con la mirada perdida en aquella exigua panorámica del mar, a la que Javier llamaba «mi fragmento desierto de un cuadro de Solana». La historia era la de un editor que sueña que un libro prodigioso le espera oculto en una librería de viejo tras una portada de cartón mordisqueada por los ratones, y

que al despertar sale en busca de su sueño. Encuentra entonces un libro como aquél en un estante perdido, y allí mismo, encaramado en lo alto de una frágil escalera de madera, lo abre en la penumbra y lee que una lectora se acomoda en un sofá junto a una ventana llena de luz. La lectora ahueca los almohadones y pone al alcance de su mano una jarra con té muy frío, pues se dispone a leer un libro prodigioso que, según dice el editor, encontró en una librería de viejo en una edición barata pagada por el propio autor. Y la lectora abre el libro flamante y lee que un autor algo ebrio contempla el mar a través de un ventanuco, y que cerca de él duerme una mujer desnuda sobre un catre que roe la carcoma, y que el autor tiene en las manos un pequeño volumen de tapas de cartón. La mujer desnuda abre entonces los ojos, y sin moverse observa al autor, que ajeno a ella pasa poco a poco las páginas de su libro, todas en blanco. Me gustaba en especial el personaje de la mujer desnuda, que al permanecer tumbada en el catre, inmóvil y *con los ojos abiertos*, encarnaba el único contenido realmente literario de la novela. Debo decir que mamá no soportaba que habláramos de ella en su presencia, pues la encontraba inmoderadamente inquietante. Pero si cuento todo esto es por culpa de Javier, que iba a utilizar mi argumento para dar colorido a su vida sentimental, como en breve podrá apreciar el lector. Por lo demás, el verano transcurría con excesiva rapidez, pues habíamos dejado de medir el tiempo, y ya no evitábamos que se convirtiera en algo vertiginoso. Tumbado en la arena, a la sombra del toldo, papá nos recitaba a Heráclito, convencido de que el mundo griego había dado respuesta a las preguntas más extremas. «El destino —dijo un día— es la razón modeladora de las cosas a partir del movimiento de contrarios». Y al decir eso todos oímos la centrifugadora que se ponía en marcha en el interior de su cerebro. Ya nada podía detenerle en la elaboración de una teoría que provocaría pequeños y muy variados trastornos familiares, uno de los cuales fue la causa de que el Gran Desconocido tuviera que debutar en el teatro con la pierna escayolada. Una noche papá despertó a toda la familia con sus alaridos de indignación, y a la mañana siguiente mamá nos explicó que leyendo un libro se había enfadado con Platón y con Parménides. El caso es que papá había tomado partido, y que opinaba con Heráclito que las sensaciones no

eran producidas por lo semejante, sino por lo contrario. A partir de aquel día empezó a observarnos con mucho detenimiento, lo que provocó que todos nos observáramos los unos a los otros en busca de lo que tanto podía intrigarle. Llenó una libreta con breves anotaciones morfológicas extraídas, debo suponer, de la observación de su familia. Sentado en la glorieta, entre el Gran Desconocido que murmuraba cifras y mamá que escuchaba la radio, consultaba papá su libreta de campo con cierto temor de que los datos le engañasen. Una noche vino hasta mi mesa para pedirme que no olvidara que lo que limita lo verdadero no es lo falso sino lo insignificante, y me dijo que lo había descubierto en sus estudios y que creía que era válido también para una novelista. Lo era realmente, pero yo aún no había escrito una sola línea en mi libro vacío, lo que hacía que Javier se viera obligado a animarme con propuestas del todo disparatadas. Durante un paseo por la playa afirmó que Edward
G.
Robinson era idéntico al Satélite Inmóvil dos horas después de nacer, y para demostrarlo nos animó a ir aquella noche al cine al aire libre, donde ponían *La mujer del cuadro*. Al final nos acompañaron tan sólo mamá y el Satélite. Éste acudía dispuesto a refutar la afirmación de Javier con un álbum en el que estaban todas sus fotos anteriores a su tercer aniversario, pero abandonó el cine a mitad de película poseído por una indignación sin límites. Aquella noche Javier conoció a Petula, que era la taquillera y estaba en una garita de metacrilato a la entrada de la gran explanada, pero de esto hablaremos un poco más adelante. Si lo anticipo, es sólo para explicar que papá, cuando se enteró de que Javier había sido literalmente acribillado por Cupido, pasó varias noches estudiando a la muchacha en su pecera y tomando notas en una libreta que estrenaba para la ocasión. Fue entonces cuando empezó a escribir su prontuario de la genialidad, basado en lo que él llamaba las «pequeñas disimilitudes interesantes», y cuando empezó a castigarnos con su teoría hasta hacerse realmente insoportable. Es difícil explicar hasta qué punto papá podía ser *insistente*. Ya no quería saber nada de nuestra nariz borbónica, de la que siempre había estado tan orgulloso, ni de nada que tuviéramos en común entre nosotros o con el resto de la humanidad. Quería que

pusiéramos toda nuestra atención en aquello que fuera tan sólo nuestro, y que lo potenciáramos aun a riesgo de caer en un desequilibrio transitorio o de provocar en nuestro interior una diminuta hecatombe. Cuando nuestro sistema homeostático reaccionara para salvarnos de la crisis, regresaríamos con los frutos incalculables de nuestra más oculta originalidad. Ésta era, en síntesis, la teoría que papá había estado fraguando desde el día ya lejano en que empezara a interesarse por la trayectoria de los obuses, y los resultados no se hicieron esperar. Javier, por poner un caso, comprobó que su supuesta hidropesía era en realidad una asombrosa capacidad para expandirse, aunque bastaba con dar una palmada para devolverle a su tamaño habitual. Aun así resultaba bastante impresionante cuando se paraba en mitad de la playa a practicar sus hinchazones. Papá no acababa de creer que la *singularidad* de su primogénito, que había sido siempre el más sorprendente de sus hijos, fuera en el fondo algo tan banal, y culpaba del desastre a la taquillera. La verdad es que Javier, aunque no había vuelto a verla desde la noche en que fuimos al cine, se mostraba como *intervenido* por su recuerdo. Por las noches, cuando me sorprendía sentada ante las páginas en blanco de mi libro vacío, se acomodaba en la penumbra para explicarme que Petula era en cierta manera como la mujer desnuda de mi argumento, pues ella entornaba los ojos cuando los demás contemplaban la película. Entonces yo me volvía levemente y veía que Javier, abstraído, hinchaba la cabeza en la oscuridad. Horas después, sus suspiros me despertaban confundidos con el rumor del mar. A pesar de todo esto, debo aclarar que aun en el trance supremo del amor, para Javier la inactividad era tan sólo una cuenta atrás, como en breve demostraría. A diferencia de papá, que se convirtió en un asiduo de la taquillera, mi hermano no volvió al cine en todo el tiempo que duraron las vacaciones. Pero una madrugada me despertó para decirme que la espuma de las olas había escrito el nombre de Petula en mi ventanuco, y que por fin había aceptado que el amor se convirtiera en su personalísima catástrofe intelectual, comparable quizá a un epicentro que hubiera brotado bajo sus pies y que al devastarlo todo le mostrara el verdadero rostro del placer. Pensé que una vulgar taquillera no merecía tamaño derroche de pasión insatisfecha, pero lo pensé por poco rato porque nos encontrábamos

en el lavabo y estaba a punto de descubrir mi *singularidad*. En el momento de ir a coger el cepillo de dientes, éste saltó del estante y fue a caer *en alguna parte en el interior de mí misma*. Pero no piense el lector que me lo tragué, o algo por el estilo. Sencillamente lo absorbí de la misma manera que nos absorbe el agua cuando nos tiramos al mar. Salí del lavabo indignada con papá, pero por el pasillo me detuvo el Satélite Inmóvil para decirme que había descubierto que se repelía con el Gran Desconocido como se repelen los mismos polos de dos imanes, y que me iba a hacer una demostración maravillosa. Comprendí demasiado tarde sus intenciones. El Satélite echó a correr por el pasillo hacia el comedor, y yo detrás de él, aunque sin tiempo para impedir que entrara dando un salto en la habitación donde el resto de la familia desayunaba. El Gran Desconocido, que untaba mantequilla en una tostada murmurando por lo bajo, salió despedido por la ventana y se rompió todos los huesos de la pierna izquierda, por lo que acabó las vacaciones con una aparatosa escayola. Eso no le impidió iniciar en el teatro del pueblo, el día anterior a nuestra partida, su larga carrera de calculista ultrarrápido hallando el producto de dos números de diez dígitos en ciento quince segundos, récord que nunca sería capaz de batir. Pero no quiero extenderme en las trivialidades de un verano que ya tocaba a su fin. Mamá regaló a papá un transistor como el suyo con la sana intención de sustituir la centrifugadora por las voces íntimas de los locutores, pero papá enloquecía al no poder intervenir en las conversaciones que se desarrollaban en el interior de su cabeza, por lo que hubo que renunciar al experimento. Los gemelos cogieron las paperas, y cuando pudieron levantarse comprobaron con estupor que habían crecido casi cuatro dedos. Y Javier, sentado en un rincón, esperaba con paciencia de samurai el día en que emprenderíamos el regreso. La última semana ya sólo mamá bajaba a la playa, y desde allí miraba con preocupación la casa donde los demás deambulábamos con cierta agotada incorporeidad, si se me permite decirlo de forma tan escasamente rigurosa. La verdad es que ya estábamos aburridos de hacer *tan* poco, y que de alguna manera recibimos con alivio el momento de partir. A la hora indicada cuarenta y siete días antes —las seis en punto de la tarde— papá cerró con llave la puerta de la casa y se volvió para mirarnos con una tristeza que resultó algo

protocolaria. Llevaba bajo un brazo el manuscrito de su prontuario de la genialidad, al que todos mirábamos con cierta lógica aprensión excepto mamá, siempre sonriente en su mundo de ondas hertzianas. Creo que papá se disponía a darnos un breve discurso de despedida, pues empezó a decir que tanto la ignorancia como la sabiduría existen sólo de forma parcial, pero fue entonces cuando descubrimos que Javier no estaba entre nosotros. La verdad es que mi hermano nunca estuvo tan decididamente *increíble*. Aún no habíamos tenido tiempo de buscarle cuando vimos que se acercaba con Petula por el camino del pueblo. La taquillera iba con las manos en alto, y en el rostro esa expresión de horror ante la muerte que tanto vulgariza a algunos prisioneros. Y Javier, levemente hinchado para revestirse de una mayor dignidad, la encañonaba con un revólver mientras le recitaba una cuidada selección de poemas de amor. Así acabó aquel verano inagotable. Papá demostró a fin de cuentas poseer un carácter ponderado. Se llevó a los dos jóvenes a dar un largo paseo por la playa, y cuando regresaron, el revólver estaba en el bolsillo de su chaqueta y Javier sollozaba con moderada pasión. En cuanto a la taquillera, se alejó por el camino del pueblo con el prontuario de la genialidad bajo el brazo, llorando ante la certeza de que nunca más la volverían a secuestrar por amor. También sobre esto quise redactar una novela que, según mis primeros cálculos, habría tenido *más* de dos mil quinientos folios. De momento sólo puedo confesar que hasta la fecha no he escrito una sola línea de mi libro vacío, aunque nadie podrá negar que todas las grandes novelas comenzaron siendo un montón de páginas en blanco.

UN LADRÓN NEORREALISTA

Su mujer le golpeó con el despertador y don Mariano esbozó una sonrisa somnolienta. Pensó que todavía tenía cinco minutos para dormitar, por lo que no se molestó en abrir los ojos. La señora, benévola, permitió que los disfrutara, pero a las siete en punto volvió a coger el despertador y golpeó de nuevo a su marido. Luego le dio un rodillazo cariñoso y lo echó de la cama. Don Mariano cayó al suelo entre una nube de sábanas. Se levantó, bostezando, mientras buscaba las zapatillas con la mirada. «No las encontrarás —dijo la señora—. Las tiró el pequeño por la ventana. Pídeselas a la portera. Tiene la obligación de recoger las cosas que tiramos». Don Mariano fue al cuarto de baño y se contempló en el espejo. Pensó que ya no era joven, lo que lo sumió en una profunda melancolía. El pequeño, que había entrado tras él, le dio una patada en la espinilla y se sentó en el retrete. Don Mariano se lavó con meticulosa pulcritud atento a las sonoridades de su hijo, que canturreaba entre ventosidad y ventosidad. Debería enseñarle a no ser tan desinhibido, pensó don Mariano. Cuando salió del baño una pastilla de jabón le pasó rozando la sien.

Regresó al dormitorio y encendió la luz. Su mujer tiró la almohada contra la lámpara, que cayó al suelo dejando escapar un último fogonazo. Don Mariano, en penumbras, buscó la ropa en el armario. «El despertador se ha roto —dijo la señora—. Tendrás que llevarlo a arreglar. Y el domingo el niño cumple tres años. Compra un buen regalo… Mejor dos. Compra dos regalos. Uno para mí, que para algo soy su madre».

Se había puesto el traje gris. En el rellano del primer piso se detuvo a comprobar que no había olvidado las gafas, los pañuelos de papel ni el paraguas. Ya abajo la portera acudió solícita a abrirle el portal, que aún estaba cerrado. Don Mariano le pidió sus zapatillas, pero la señora le comunicó que se las había regalado a un sobrino. A continuación le gritó que no pisara el suelo recién

fregado, pese a que ambos sabían que no lo limpiaba desde hacía varios meses. Don Mariano salió a la calle. El cielo estaba encapotado. Los escasos madrugadores caminaban encogidos por el peso de la atmósfera. Se dirigió, encogido él también, hacia la parada del autobús. Compró el diario en el kiosco y entró en un bar con la intención de tomar un café con leche. No consiguió que el camarero se fijara en él, por lo que regresó a la calle con una leve sensación de vacío en el estómago.

El cobrador del autobús le dijo que no se quedara en la plataforma sonriendo tontamente, sin darse cuenta de que su sonrisa era de angustia. Durante el trayecto don Mariano desistió de leer el periódico por no disponer de espacio para desplegarlo. En realidad, tampoco habría podido leerlo. Con la mirada ausente, veía pasar el paisaje urbano a través de los cristales empañados por la grasa. Pensó que no podía regresar a casa sin las zapatillas. Debía solucionar el problema antes de la noche. Pensó también que no podía olvidarse del regalo del pequeño. Unos guantes de boxeo le harían ilusión. A su mujer le compraría un perfume o una barra de labios. Se sintió angustiado por la desaparición de las zapatillas. Y advirtió, demasiado tarde, que había olvidado el despertador.

El portero de la oficina le pidió el periódico para hojearlo y se negó a devolvérselo. Don Mariano no insistió en la reclamación, pues estaba cada vez más preocupado. Saludó a la secretaria, que no se molestó en contestarle, y colgó el abrigo en el perchero. Habían perfumado el despacho con un ambientador que provocaba náuseas. Don Mariano se sentó a su mesa. Intentó concentrarse en el trabajo, pero estaba obsesionado por la acumulación de contratiempos. A las diez llegó su jefe. Como cada día a lo largo de diecinueve años preguntó a la secretaria quién era el individuo sentado a la otra mesa. La secretaria contestó que don Mariano y el jefe pareció satisfecho con la respuesta. Sin más demora se encerraron los dos en el despacho dejando a don Mariano solo con sus temores. La pérdida o robo de las zapatillas era un problema de difícil solución. Podía comprar otras iguales, pero su mujer advertiría rápidamente el cambio. Por otra parte, debía encontrar tiempo para ir a por los regalos. Y, por la noche, su mujer estaría esperándole con el despertador en la mano. Don Mariano consideró seriamente la posibilidad de suicidarse.

A las once en punto, el portero dio parte de que el empleado había abandonado la oficina sin mostrar el permiso reglamentario. Se tramitó de inmediato la orden de despido, que don Mariano nunca llegaría a conocer. Veinte minutos después entró en una sucursal de banco y pidió sacar dinero de su cuenta. El cajero se negaba a entregárselo sin permiso de su mujer, pero el problema pudo resolverse con una llamada telefónica. La señora dio su consentimiento creyendo que era para comprar los regalos. Mientras el cajero contaba los billetes don Mariano miraba, abstraído, el cristal blindado que lo separaba de él. En el momento de entregarle los fondos, el cajero le anunció que su mujer estaba indignada por el olvido del despertador. «Dice que la va usted a oír», dijo. Y aprovechó que su cliente deslizaba la mano bajo el cristal para tamponarle los dedos. Don Mariano retiró la mano y contó los billetes. Pidió perdón, dio las gracias y salió de nuevo a la calle.

Instantes después entraba en una ferretería. Reapareció con un paquete bajo el brazo. Se sentó en la terraza de un bar y rompió el envoltorio. El camarero, al servirle un agua mineral, le golpeó con la bandeja en la nuca, pero don Mariano pareció no enterarse. Deshacía un rollo de alambre. Probó su resistencia y lo dobló por diversas partes con meticulosidad de artesano. A las doce y cuarto compró tres maletines de piel. Advirtió entonces, sin que ello le causara el menor pesar, que había olvidado el paraguas en la oficina. La atmósfera continuaba siendo irrespirable, pero no parecía que fuera a llover.

Cuando empujó la puerta, el sonido de la campanilla quedó ahogado por el ruido de los animales. La dependienta, que tenía cara de grulla, se sostenía sobre un solo pie. El otro lo mantenía escondido bajo la falda escocesa. Don Mariano abrió los maletines sobre el mostrador y le pidió que los llenara de periquitos. La dependienta, mientras cumplía la orden, le advirtió de que denunciaría el hecho ante la Sociedad Protectora de Animales. Como don Mariano pareciera no oírla, la mujer degolló un periquito en señal de protesta y tiró el cadáver a los pies de su cliente. Luego contabilizó los pájaros vendidos y se enfrascó en la elaboración de la cuenta. «Le cobro el muerto —amenazó—. Todos acabarán igual».

A la una menos diez, don Mariano entró de nuevo en la sucursal del banco. Dejó los tres maletines en el suelo y estuvo rellenando impresos al azar en espera del momento apropiado. Éste llegó cuando el cajero se dispuso a ordenar los paquetes de dinero. Los extendió sobre el mostrador, al otro lado del cristal. Don Mariano se tomó el pulso y comprobó que no estaba alterado en exceso. Dejó caer el bolígrafo. Al recogerlo abrió uno de los maletines. Los periquitos, espantados por el encierro, volaron en todas direcciones. Recorrían la sucursal piando ruidosamente y se estrellaban contra las paredes, o se posaban sobre las mesas y en lo alto de los archivadores. Todos los empleados, hasta el cajero, cayeron en la trampa y abandonaron sus puestos para dar caza a los animales. Mientras una señora, de la sección de préstamos, gritaba enfurecida que no se dañara a los periquitos, don Mariano sacó de la chaqueta un instrumento de alambre. Comprobó con satisfacción que nadie le observaba y deslizó el instrumento bajo el cristal blindado. Le costó un gran esfuerzo coger el primer fajo de billetes, pues no había ensayado el uso de las pinzas. Éstas, sin embargo, respondieron a la perfección. El dinero que se encontraba en el mostrador pasó en pocos momentos al interior del maletín vacío. Don Mariano, sin detenerse a contemplar las escenas de volatilería, recogió sus cosas y abandonó la sucursal.

Se encaminó en dirección a otro banco y allí repinó la operación con el mismo éxito. Sin embargo, cuando intentó entrar en el tercero lo encontró cerrado. Miró la hora. Era ya demasiado tarde. No podía perder tiempo porque la policía no tardaría en invadir el barrio. Se refugió en una cabina de teléfonos y metió el producto de los robos en un solo maletín. Abandonó el otro en la cabina. El tercero, lleno aún de periquitos, lo dejó sobre un coche aparcado. Accionó el mecanismo de apertura y se alejó apresuradamente. En la esquina detuvo un taxi. Pidió al conductor que le llevara al aeropuerto. A lo lejos sonaban los primeros aullidos de las sirenas.

Con el maletín en la mano observaba atentamente los horarios de salidas. Los altavoces llamaban en aquel momento a los pasajeros de un vuelo internacional. Don Mariano pensó que no debía demorarse en la elección de destino. Se apresuró en conseguir un pasaje para aquel vuelo inminente. Cuando retiraba la tarjeta de embarque, la empleada le dio un amistoso cachete de despedida.

EL BLUES DEL REVÓLVER

El inspector pensó que la Vía Láctea, desde algún lugar del universo, debía de verse de forma parecida a la bruma que se obstinaba en cubrir su mirada. Lucy, que pasaba un trapo sucio por la barra, contempló la noche a través de los cristales cubiertos de vaho. El río arrastraba su pestilencia en la oscuridad hacia las aguas del lago Michigan.

—El lago Michigan —dijo Lucy—. Menuda mierda de lago. Tiene el fondo cubierto de cadáveres y de trastos. Qué vergüenza.

Lucy tenía problemas por culpa de un tipo al que no parecía importarle que le doblara en edad ni que pesara tan sólo dos kilos menos que Gene Tunney cuando arrebató el título a Dempsey, pero que necesitaba con premura una cantidad considerable de dinero. Eso hacía que la sonrisa de Lucy, que acompañaba de forma inevitable a sus palabras, entrara en contradicción a menudo con sus pupilas abatidas, lo que unido a su andar de pato le daba una presencia monstruosamente majestuosa.

—¿Cómo voy a saber lo que quiere la gente, Jack? —La tabernera se volvió hacia su único cliente—. Poco te importa que esta barra chorree grasa. Lo único que quieres es un poco más de whisky para seguir pensando en el clima de California o en los pechos de una mulata. Qué asco… ¡Me das asco, Jack!

El inspector alzó la mirada para contemplar el contoneo de la mujer. Miró después su vaso vacío. Quiso decir algo, pero de su boca brotó el regurgitar de una tubería atascada.

—Pareces una bañera —murmuró Lucy al tiempo que rellenaba el vaso—. Eres una bañera sucia y desportillada.

El inspector acertó a sonreír. Pensó de improviso que lo peor que podía sucederle era que entrara en el bar un joven muy pálido con un saxofón en la mano. Era una noche repugnante.

—Odio esta ciudad y su extrarradio —dijo Lucy—. Odio todo Illinois y hasta un buen trozo de Wisconsin y el lago. Odio toda la

mierda que se amontona a una distancia menor a la que hay a las cataratas del Niágara.

—Pareces mi tía Gladys —acertó a decir el inspector—. ¿Te he hablado de mi tía Gladys? Yo no sabía lo que era la celulitis y creía que le habían dado una descarga de perdigones en el culo. Pero no te pareces a ella por eso. Te pareces a ella por algo que he olvidado.

Fue entonces cuando se abrió la puerta y entró en el bar un joven muy pálido con un saxofón en la mano. Puso la otra mano sobre la barra con mucho cuidado, como si temiera que Lucy le golpeara los dedos con una botella.

—Cielos —murmuró—. Tengo frío.

—Era una noche como ésta —dijo el inspector—. Una de esas noches en las que da pereza salir de los cines. Había apostado a mis hombres en torno a un almacén al otro lado del río. Se trataba de un chivatazo de los que hacen que un policía aparezca en las portadas de los diarios. Hacía tanto frío que no lograba calentar la empuñadura de nácar del revólver. Me sentía como si llevara un pedazo de hielo en la mano, y mi único temor era que se humedecieran los mecanismos del Webley 38. Tiempo atrás, cuando mi mujer quiso suicidarse, logró disparar mi revólver en el interior de la bañera, lo cual hubiera debido bastarme para confiar en su eficacia. Pero una explosión, por calculada que sea, depende siempre en un tanto por ciento del azar. Y eso era válido hasta para mi magnífico Webley 38.

El joven músico había entrado en calor con un par de whiskies. Mientras el inspector hablaba tomó asiento junto a una mesa y sacó el saxofón de su estuche. No dejó de prestar atención, pero con las mangas de su abrigo bruñía sin descanso el instrumento.

—Antes venía aquí gente importante —intervino Lucy, que llegaba del almacén cargada con varias botellas—. Una vez estuvo incluso el alcalde, cuando aún no lo habían elegido alcalde. Iba con una mujer que habría jurado que era trapecista. Lo digo por la manera como andaba. Las trapecistas, cuando bajan del trapecio, tienen una manera de caminar inconfundible, no sé si se han fijado. Parece como si el planeta entero colgara de sus pies y lo hicieran girar un poco con cada pasito.

El hombre del saxofón se llevó el instrumento a los labios y

atacó un blues bastante conocido. Algo del miserable Roll Morton.

—Todos damos nuestros últimos coletazos —dijo el inspector—. Pero aquella noche estaba seguro de triunfar. El silencio era casi absoluto. Sólo se oían los pasos quedos de mis muchachos, que avanzaban protegidos por las sombras. En el interior del almacén había luz, y si conteníamos la respiración, escuchábamos el lejano trasiego de los hombres que trabajaban.

—¡Díselo todo, Jack! —estalló Lucy—. Dile que buscabas la terminal de una *pipe-line* subterránea que traería el whisky desde el Canadá. ¡Reconoce que estás loco, Jack!

El saxofonista interrumpió su melodía mientras la camarera gritaba, y la prosiguió después sin inmutarse. Resultaba evidente que había tocado en algún antro del South Side.

—Todos estaban en los puestos que les había indicado. Entré en el Nash negro que me esperaba con los faros apagados. Ya iba a ordenar el asalto cuando sonó el chillido de una mujer acompañado por los ladridos aflautados de un pequinés. Fue como si hubiera estallado una bomba en una cristalería. Salté del coche y corrí hacia unas siluetas que se perfilaban en una esquina. Una muchacha mantenía las manos sobre la boca como para ahogar sus propios gemidos, mientras uno de mis agentes la cogía por los hombros y le suplicaba silencio. En torno a ellos danzaba el perrito, víctima de una excitación convulsiva. En vano intenté asestarle una patada. Cuando me volví hacia el almacén, se habían apagado las luces. Entonces me puse a correr hacia la puerta gritando a todos mis hombres que me siguieran. Mi Webley detonó dos veces y la cerradura saltó en pedazos, pero cuando me asomé al interior del tinglado, la luz de las linternas tropezó con los enormes pilares de las cajas de contrabando. Corrí por los pasillos hasta que en algún lugar escuché el tableteo de una Thompson. Casi de inmediato tropecé con el cadáver de uno de mis hombres, y poco después con una trampilla abierta en el suelo de madera. Debajo estaba el río. Me lancé por la estrecha escalerilla hasta llegar a un muelle de tablas carcomidas. Sonó muy cercano el motor de una lancha que se alejaba. La luz de la luna se reflejaba allí sobre las aguas oscuras. Alcancé a ver, por entre las columnas que sostenían el almacén, la sombra fugitiva de la embarcación. Fue entonces, al emprender la carrera por el muelle, cuando metí un pie en un agujero abierto

entre las tablas. Al caer me esguincé el tobillo, pero no fue eso lo peor. Mi magnífica Webley destelló en el aire al soltarse de mi mano, y con un ruido ahogado se hundió en las aguas heladas del río… Sí, creo que fue aquella noche cuando empezaron mis problemas con el azar.

—El azar, cuando es adverso, tiene siempre un nombre —gruñó Lucy—. Para mí se llama Bugs… Y para ti se llamaba Vera. No lo niegues, Jack. Las mujeres somos intuitivas y eso les da a las inteligentes una extraña perversidad. Era una muchacha bonita, pero el cansancio de su mirada no era el de una persona maltratada por la vida, sino el del animal salvaje aburrido por la excesiva confianza de sus presas. A esa muchacha le gustaba la sangre, Jack.

Frank juró una vez más no regresar nunca a su casa. Como estaba solo tomó al cielo por testigo. Se besó la yema del dedo índice y se trazó una cruz en la frente. Aquel cerdo grosero iba a lamentar haberle pegado delante del imbécil de Eddie. No necesitaba un techo para dormir, y para comer le bastaba con lo que pescara en el río. Le habían dicho que al amanecer era imposible que no picaran, pero llevaba ya más de diez minutos y tenía las manos azuladas por el frío. Quiso recuperar el sedal para ver si había perdido la carnada, pero el anzuelo se había enganchado en alguna parte. Frank soltó una maldición ininteligible porque, según él, la compartía en exclusiva con el diablo. Luego tiró con fuerza. Algo brillante y pesado saltó del agua y fue a caer a sus pies. No era comestible, pero Frank no pudo contener una exclamación de alegría. Se trataba de un revólver con la culata de nácar. Un magnífico Webley del calibre 38.

—Habían metido a Vera en mi Nash. La muchacha temblaba abrazada a su asqueroso perrito. Me senté junto a ella y encendí un cigarro. Hacía veinte años que no me maltrataba así la mala suerte. Sin mi Webley me sentía demediado, y mi tobillo parecía una reproducción al natural de un balón de rugby. Dije con voz fastidiada que lo mejor era volver a la cama. Vera rompió entonces a llorar. Supuse que lo único que podía hacer una mujer en aquellas condiciones era llorar, y permanecí callado. Así estábamos la noche

del 14 de diciembre de 1931: Vera sentada en mi coche entregada al llanto, y yo a su lado intentando saborear un cigarro humedecido. Seguramente se sentía sola y quizá por eso se disponía a convertirme en su confidente.

Lucy soltó una risotada.

—Hasta un niño te diría que nunca te fíes de una mujer cuando llora —dijo—, y que tampoco te fíes de ella cuando se sincera. De hecho, sólo puedes fiarte de una mujer cuando miente. Eso lo sabe todo el mundo, Jack.

El saxofonista ya no tocaba su instrumento. Se había abrazado a él como la Virgen de la silla a su Hijo en la tabla de Rafael. También su rostro irradiaba la misma beatífica placidez.

—Vera no tenía adónde ir —continuó el inspector—. Estaba sentada en mi Nash y no tenía un sucio jergón donde pasar la noche. Había llegado con lo puesto. De Chicago sólo conocía la terminal de autobuses y las calles vacías.

—¡Claro que sí, Jack! —Lucy se había sentado junto al saxofonista—. Cuando salgo a la calle, por la noche, y veo a una mujer envuelta en un abrigo de pieles paseando a su perro, siempre pienso que la pobre acaba de llegar de algún polvoriento poblado de Dakota y me digo: Lucy, esta chica no tiene otra cosa en el mundo que su abrigo y su perro. Quizá debería llevarla al apartamento de Jack.

—Ya he dicho que aquélla no fue mi noche. Hacía dos años que me había abandonado Rosalind. Se fue con Gyp, cosa que Gyp negó siempre porque creía que un buen policía debía ser terco y que la terquedad consistía en negar con aplomo las evidencias. Cuando yo le preguntaba por Rosalind, Gyp me golpeaba en el pecho y me decía que no le hinchara los cojones, que Rosalind era una buena chica y que me quería demasiado para dejarme. Hacía dos años que vivía con ella y lo seguía negando. Era un buen elemento, Gyp, aunque un poco terco. Lo mataron hace un par de meses. Tuvieron que meterle diez balas en el cuerpo, y aún aguantó varios días soltando maldiciones y pidiendo unos dados.

—Nací en Nueva Orleans —dijo de repente el saxofonista—. Soy tan rubio porque provengo de inmigrantes alemanes. Mi abuela se llamaba Ulrike y cantaba canciones muy tristes en la misma lengua en que Goethe escribió *Fausto*. Y ahora yo toco el saxo en Chicago.

El inspector y Lucy se miraron con cierto asombro. El músico apuró su vaso de whisky.

—Quiero decir que debería estar descubriendo los bosques de Schwarzwald en compañía de una mujer tan rubia como yo, y no malviviendo en esta detestable ciudad, a punto además de cometer un ridículo asesinato. En este país todo resulta molesto y nada tiene importancia.

—La noche es larga —murmuró el inspector—. Antes de matar a nadie tócanos otra cosa. Quiero acabar el relato.

Ruby abrió la puerta y miró a Frank con su descaro habitual. Como siempre, le preguntó por su osito sin dejar de mascar chicle. Pero aquella vez Frank estaba preparado. No se iba a dejar impresionar por la bata entreabierta, ni por el asfixiante olor a perfume, ni por el desdén de aquellos ojos ligeramente estrábicos. Bien es verdad que la pelliza que había robado a su padre le daba aplomo, y que no llevaba a cuestas la caja del colmado. Sin sacar las manos de los bolsillos se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Vengo a que me enseñes algunas cosas —dijo.

Ruby soltó una risa seca que a Frank le pareció embriagadora. Luego abrió el pliegue de la bata para mostrarle los pechos, y con los brazos en jarras le preguntó si sabía lo que era una prostituta. Frank no tenía dinero, pero estaba seguro de que aquello valía mucho más. Con pulso algo tembloroso le mostró el revólver. Ruby, que en el fondo amaba a los hombres, se sintió de pronto maternal.

—Por el momento es mejor que aprendas a montar a una hembra que a utilizar este trasto. Así podrás contar de mayor que cambiaste un Webley nuevo por una noche con una ramera que apestaba a jazmín.

—Hacía dos años que no veía a Rosalind y tuvo que aparecer precisamente aquella noche. Me esperaba con las maletas frente a la puerta de mi apartamento. Al verme con otra se puso a llorar en mis brazos y me pidió mi pistola para pegarse un tiro. Maldije la suerte por darme la espalda con tan enconada insistencia. No sólo tenía a dos mujeres gimoteando ante mi puerta, sino que la nevera estaba

vacía y la radio estropeada.

La campanilla de la puerta hizo callar al inspector. Entró en el local un hombre de aspecto rudo y mirada vacía. Cojeaba de la pierna derecha, y al detenerse junto a la barra dejó en el suelo un pequeño charco de sangre. Lucy soltó un prolongado suspiro, pidió al inspector que abonara los whiskies y le dio el dinero al recién llegado. Este puso cara de disponerse a organizar un escándalo, pero Lucy le dio un cachete en la frente y lo empujó de nuevo hacia la puerta.

—Vete ya, Bugs —dijo con voz suave—, y si no acaban contigo, regresa antes de que amanezca. Podrás dormir en el almacén.

Cuando el hombre estuvo en la calle, Lucy se volvió hacia la mesa que ocupaban sus dos únicos clientes.

—He descubierto que los golpes en la frente cambian su estado de ánimo —dijo a modo de disculpa—. Debe de tener las ideas sueltas.

El joven pálido se llevó de nuevo el saxo a los labios y el inspector cabeceó ligeramente. Cuando pudo hablar, tenía la voz ronca.

—Se sentaron en mi sofá. Aunque se miraban con recelo, me dedicaron las dos esa sonrisa lacrimógena que usan las mujeres cuando se debaten entre la angustia y la entereza. A Rosalind la había plantado Gyp hacía más de tres meses, pero cuando ella le telefoneaba Gyp gritaba indignado que le dejara en paz, que no era cierto que la hubiera abandonado y que precisamente estaba pensando en comprarle unas flores. Y Vera había llegado a Chicago en busca de su hermano. Un muchacho melancólico, apasionado por el saxofón, que huyó de su ciudad cuando le diagnosticaron tuberculosis y le prohibieron que siguiera tocándolo.

—¡Iban a chocar dos locomotoras, Jack! —bramó Lucy—. Hasta el más sordo habría oído el ruido que hacían al acercarse.

—No hubo ningún choque. Se quedaron las dos en mi apartamento. Dormían juntas en mi cama y yo pasaba la noche en el sofá del salón. Desde allí las oía reír.

—Pero Vera buscaba tus labios a escondidas mientras Rosalind enceraba los suelos. Poco te importaba que lo hiciera por interés. Te enamoraste como se enamora un muchacho imberbe de los primeros muslos que acaricia. ¡Esa mujer te sedujo, Jack!

El inspector se puso en pie. Se tambaleaba a un lado y a otro como si viajara en el subterráneo.

—Vera disfrutaba tanto del placer que daba miedo imaginar que a uno pudiera pasarle lo mismo. Me enamoré de la profundidad de sus gemidos… A pesar de todo, es probable que se tratara tan sólo de eso.

Ruby pensó que aquel cretino estaba muy guapo con su gabán de vueltas de terciopelo, y apartó la sábana para que recordara su cuerpo desnudo cuando estuviera lejos de allí. Y Earl, que fumaba junto a la ventana, pensó con desagrado que aquella furcia le había metido una mano en el estómago y le tenía cogido por las tripas. La verdad es que ambos lo pasaban bien cuando estaban juntos, y que Earl sabía hacer regalos, y que Ruby sabía satisfacerle. En el mundo del hampa polaca se murmuraba que Earl —que en realidad se llamaba Czeslaw— acabaría casándose con Ruby si no se interponía una ráfaga de Thompson. La ráfaga se interpuso, pero aquella mañana Earl estaba muy lejos de temerlo, y además Ruby le había sorprendido con un obsequio inesperado. El pistolero sopesó de nuevo el Webley del calibre 38 y apuntó con él a un individuo que pasaba por la acera.

—Es magnífico —dijo.

Y luego, sin poder evitar unos celos que resultaban desatinados dada la profesión de Ruby:

—No te voy a preguntar dónde lo has conseguido.

La prostituta soltó una risa seca que a Earl le pareció despiadada. Otro cualquiera habría comprendido que había tenido la desgracia de enamorarse, pero Earl pensó que aquella furcia le ponía de mal humor.

—Stephen no era como vosotros —gruñó Lucy desde detrás de la barra, señalando con un dedo húmedo el retrato de su difunto marido que colgaba de la pared del fondo—. No era como Bugs ni como nadie en esta mugrienta ciudad. Luchó en los campos de Argonne y le dieron una cruz de guerra. A veces se ponía la medalla en la levita, y entonces, si se estaba quieto y llenaba de aire los pulmones, sólo tenías que taparle la cabeza para que pareciera el

mismísimo Thomas Woodrow Wilson.

—Thomas Woodrow Wilson —repitió el inspector, que regresaba del retrete abotonándose la bragueta y derribando las sillas—. ¿A quién le importaba que Samoots se enriqueciera convirtiendo el whisky de contrabando en barniz de ataúd? Samoots se paseaba en un gran Packard blindado, pero cuando mis hombres entraban en sus almacenes sólo encontraban botellas de soda. Desde la noche en que perdí mi Webley no conseguí interceptar ni un solo transporte de alcohol, ni conseguí desmantelar ninguna destilería, ni evitar el más anunciado de sus crímenes. Samoots estaba siempre esperándome con su amplia sonrisa de honrado comerciante.

—Las batallas se pierden con el mismo coraje con que se ganan —dijo el músico—. Es de Whitman.

—¿De qué batalla hablas? —preguntó Lucy—. Samoots disfrutaba de la impunidad que le daba adelantarse siempre a Jack. No hay nada como una buena informadora, ¿verdad, Jack?

—Vera me traicionaba. Lo descubrí cuando ordené a mis hombres que fisgonearan en los locales de Samoots. No tardé en saber que en uno de sus antros tocaba un saxofonista blanco, y pensé que era el hermano desaparecido. ¿Cómo iba yo a suponer que lo de su hermano era mentira? Una noche mis hombres detuvieron a ese músico, un drogadicto llamado Mezzrow. Hice que lo llevaran a mi apartamento. Quería sorprender a Vera, y vaya si lo conseguí. El tal Mezzrow la saludó con mucho respeto, adulador incluso, como si le tuviera miedo. Entonces Vera le dijo a gritos que no debía haberla reconocido, que lo había echado todo por tierra y que Samoots les cortaría la cabeza a los dos. Luego soltó un largo gemido de angustia y se cubrió la cara con las manos, pero fue sólo un instante de debilidad. De repente alzó la mirada hacia mí. Vi en sus pupilas la más profunda desesperación. Fue entonces cuando se lanzó en mis brazos y me dijo que me amaba. Yo todavía no había comprendido lo que sucedía, más aun porque Vera me hizo perder el equilibrio y caímos juntos sobre el sofá, y porque mis hombres se abalanzaron todos sobre Rosalind, que pretendía pegarse un tiro con el revólver que le había quitado a uno de ellos, y porque Mezzrow, tras balbucear una excusa, salió corriendo del apartamento. Tardé todavía unos segundos en comprender que Samoots era el verdadero amante de Vera, y su hermano saxofonista

una de las muchas mentiras que me había regalado la lengua bífida de aquella mujer despreciable.

Johnny pensó que Vera era un ángel, pero que había llegado el momento de demostrarle que estaba equivocada si pensaba que no podía valerse por sí mismo. Su enfermedad no le impedía ser tan valiente como cualquiera de los chicos, así que se hizo hacer un bonito traje de color azul brillante con rayas blancas, y se compró una camisa de seda y un fieltro gris perla. Esperó entonces a que Earl apareciera por el club, y después de invitarle a un whisky le pidió un buen revólver y una cita con Samoots. El pistolero, argumentando que era recuerdo de una mujer, le vendió muy caro un Webley del calibre 38, pero Johnny pagó sin rechistar. Dos días después le recibía Samoots en su despacho.

—Quiero entrar en la banda —dijo el saxofonista—. Por las noches seguiré supliendo a Mezzrow cuando esté demasiado drogado para tenerse en pie.

Samoots señaló con el puro a Bobby y a Earl, que permanecían con los brazos cruzados y una sonrisa cínica prendida de los labios.

—Acompáñales esta noche —contestó—. Vera nos ha vendido y van a llevarle la factura.

El inspector había puesto las manos sobre los hombros del saxofonista, que continuaba abrazado a su instrumento.

—Nunca sabré cómo lograron descubrirnos. Vera insistía en que me amaba con irreprimible pasión, y que si había trabajado para Samoots, era sólo para evitar que le pasara algo a su hermano. La verdad es que ya me estaba cansando con la historia del tuberculoso que no aparecía por ninguna parte. Decidí que Vera debía cambiar de patrón y de amante al mismo tiempo, pero Samoots actuaba con demoníaca rapidez. Era probable que nos estuvieran siguiendo, o quizá fue la misma Vera quien dio el aviso confiando en la benevolencia del contrabandista. Una noche regresábamos en mi Nash al apartamento cuando un sedán nos adelantó en el puente y se cruzó delante de nosotros. Intenté esquivarlo, pero golpeé su guardabarros trasero y los dos coches quedaron enganchados. Los pistoleros, aturdidos, tardaron en comenzar a disparar. Tuve tiempo

para sacar a Vera del Nash y arrastrarla hasta la baranda del puente. Ella fue la primera en encaramarse. Las balas comenzaron a silbar como insectos enloquecidos, pero nosotros saltábamos ya a la más profunda oscuridad. Caí al río, y un rato después alcanzaba la orilla con el corazón a punto de estallar y los puros empapados.

—Vera también cayó al río —intervino Lucy—, aunque lo hizo a través de una barca. Encontraron su cadáver al día siguiente… Pero esto Johnny ya lo sabe, ¿verdad, Johnny?

El saxofonista posó su mirada empañada sobre el rostro de la mujer.

—Yo iba en el sedán, y aunque tenía un revólver en la mano no supe defender a Vera. Después de eso juré que mataría a todos los que la habían empujado al vacío.

—Stephen también reaccionaba con lentitud —apuntó Lucy—. Quizá por ello regresó de la guerra con una medalla. Los hombres lentos de reflejos siempre llegan tarde y eso los vuelve rencorosos y crueles. Atacan después de la batalla, cuando todo el mundo se ha ido a casa y ha olvidado hasta el motivo por el que luchaba.

El inspector había tomado asiento. Encendió un puro con parsimonia de anciano.

—Tú fuiste el que tendió la emboscada a Bobby y a Earl —dijo al saxofonista mientras le señalaba con la cerilla encendida—, y tú el que puso ácido prúsico en los espagueti de Samoots. La venganza se completa conmigo.

El joven pálido se puso en pie y sacó del bolsillo de la gabardina un magnífico Webley del calibre 38 con la culata de nácar. Lucy buscó en vano por el interior de la barra.

—¡Maldición! —gritó—. ¡Ese condenado Bugs me ha robado el fusil!

—Tenía que ser así —se resignó el inspector—. Ya sabes que el azar me reserva siempre las peores sorpresas. No sé si me creerás, pero este imbécil va a matarme con el revólver que se me cayó al río. ¡Reconoce que tengo mala suerte, Lucy!

—Por Vera —gimió Johnny.

Y apretó el gatillo.

Sonó una detonación casi excesiva y el puro del inspector voló por los aires. El saxofonista soltó un gemido prolongado al caer al suelo. El revólver le había estallado en las manos con la fuerza de

una granada. Había sangre por todas partes, hasta en las perneras del inspector, que contemplaba atónito el cadáver del músico.

Lucy comenzó a poner las sillas sobre las mesas.

—Éste fue un local importante —gruñó—. Te diré una cosa, Jack. En el reservado de atrás vivieron su romance Samoots y Vera. Hacían una pareja espléndida, pero de eso hace mucho tiempo… Fue cuando ella llegó a Chicago con su carita de porcelana y sus caderas de zurrona. Samoots estaba loco por Vera, hasta que un día descubrió que se había hecho amante de Johnny. Johnny tocaba el saxofón y colocaba droga en los clubes de Samoots. Entonces ordenó que la mataran.

Se abrió la puerta del bar. Apareció Rosalind. Se había puesto el abrigo encima de la bata y parecía realmente indignada. Señaló el cadáver de Johnny con un índice acusador.

—¿Qué le has hecho, Jack? ¡O vienes conmigo, o me meto en la bañera y me corto las venas! ¡Te lo juro por la memoria de mi madre, Jack!

El inspector recogió el puro del suelo y volvió a encenderlo. Su mirada no se apartaba del cuerpo del saxofonista.

—Ha destrozado mi magnífico Webley —musitó.

—¡Lárgate, Jack! —gritó Lucy, que había comenzado a barrer la sala—. ¡Ya has bebido demasiado! Bugs se ocupará del fiambre. Otro que acabará en el lago.

El inspector murmuró algo que Lucy no pudo entender y salió ayudado por Rosalind, que amenazaba en voz baja. Lucy se detuvo ante el retrato de Stephen, que presidía el local con su levita negra y la medalla que ganara en los campos de Argonne.

—No debiste irte —dijo con cariño—. Ahora nadie me regala flores.

EL ASESOR DEL ALCALDE

Soy una buena persona. Los muchos años en la política, tan denostada hoy en día por culpa del mal uso que de ella han hecho esos nuevos ricos de izquierdas, no han mermado mi sentido del honor ni el concepto intangible que tengo de la justicia. Tras ocho lustros o cuatro décadas, que viene a ser lo mismo, al frente de la alcaldía de Villaencina del Céfiro tanto con el Caudillo como con la democracia, yo me digo —lo digo aquí y en el casino lleno de parroquianos— que sí, que soy rico, pero que ya lo era cuando mi madre me trajo al mundo en el caserón que preside la plaza, y emparentado y todo con la nobleza, que soy descendiente de hidalgos. Y también digo que sí, que los demás en el pueblo siguen como estaban —ni mejor ni peor—, que aquí no ha cambiado nada en cuarenta años y que eso, tal como están las cosas en este sucio mundo incomprensible, es mucho, pero que mucho decir. He trabajado como un jabato para que este pueblo, con sólo ochenta habitantes, siga siendo lo que era y hasta salga en las guías de la comunidad autónoma junto con su iglesia, que es románica flamígera o algo parecido, en fin, una iglesia tan vieja pero tan importante que hasta viene a verla gente alemana que me ofrece dinero por ella. Y yo le digo a esa gente alemana, ¿cómo va a vender un alcalde, un alcalde descendiente de hidalgos, la iglesia vieja de su pueblo? Si acaso la pila bautismal, tan llena de desconchados que parecía —y perdonen la jocosidad— que bautizasen a los niños dándoles de cabezazos contra el mármol. La pila bautismal, ésa sí, la vendí a unos extranjeros por una cantidad insensata de dinero que luego invertí en su integridad, salvo lo que se quedó la Santa Madre Iglesia —que era a fin de cuentas la propietaria del trasto descascarillado— en otra pila bautismal de alabastro con luz interior, tan resplandeciente que al verla parecía que se estuviera produciendo un milagro de conversión religiosa. Así conseguí que todos, todos los bautizos se celebraran desde

entonces sobre el emblema del ayuntamiento, grabado en el borde de la pila como una cenefa de modo que los niños, en cuanto dejaban de llorar y abrían sus ojillos de lechones, distinguían cuál era su municipio antes incluso de saber quién era su Dios.

Pero no quería hablarles de la pila bautismal ni de la absurda indignación con que los socialistas recibieron en el ayuntamiento la noticia de que el párroco y yo la habíamos vendido para comprar otra más acorde con los nuevos tiempos. Quería referirme más bien precisamente a esto último, a los nuevos tiempos que se anunciaban en toda España: cada día con mayor énfasis, las estadísticas de la prensa daban la victoria al Partido Popular en las elecciones generales que se avecinaban. Había algo así como una soflama de felicidad en el aire, como gaviotas de alabastro con luz interior anunciando a los barcos perdidos, asolados por el escorbuto y la carcoma, la proximidad de tierra firme. De todas formas, debo insistir en el hecho de que todo eso en nada afectaba a Villaencina del Céfiro. Aquí, salvo un breve lapso de caos anarquista durante la guerra civil rápidamente subsanado por el glorioso ejército nacional, nunca ha estado el poder en otras manos que no fueran las de mi familia, y en las mías propias desde 1956.

No vayan a pensar ahora, por causa de tan larga dedicación al ejercicio del poder, que pueda haberse dado en Villaencina manipulación de ningún tipo. En tiempos del Caudillo me hicieron alcalde porque, sencillamente, el alcalde anterior, que no era otro que mi padre, había muerto al caerse del caballo y yo era el único preparado para suplirlo. Quizá no se me pueda considerar un Cervantes ni un Adolfo Bécquer —por citar al igual prosa y poesía—, pero en este pueblo de catetos soy sin duda el ignorante más ilustrado, y además descendiente de hidalgos y dueño de casi todo lo que se puede ver si se mira en derredor. Y es que yo, cuando pienso en esto, me digo que uno no se hace sabio por leer un poema, pero si se van leyendo muchos poemas y se van guardando en la cabeza como en una caja de caudales, por poner un símil fácil de entender, al final resulta que uno es sabio, pero no un nuevo sabio como otros, sino sabio de verdad. Se es ilustrado, como se es rico, por atiborramiento de lo que se ha ido acumulando, y al final uno dice una frase brillante como extiende un cheque al portador por un millón de pesetas, con una naturalidad que los demás no

tienen. Eso, amigos, se consigue dedicando toda la vida —y todas las de tus antepasados— a ello, no saqueando en unos pocos días la caja del consistorio, como hicieron los socialistas en toda España menos en Villaencina.

Se preguntarán qué pasó cuando llegaron las primeras elecciones municipales. Pasó que yo seguí donde estaba, pues en este pueblo de ochenta habitantes venimos a ser dos grandes familias. Una, la mía, me vota a mí, como es natural, y más les vale porque son una pandilla de inútiles y viven todos de la sopa boba. La otra familia es la de Anastasio Lagares, que se hizo socialista sólo para fastidiar y llevarme la contraria. Durante la guerra civil su padre y el mío lucharon codo con codo para echar del pueblo a los anarquistas, así que estaban en el mismo bando, lo que se entiende porque su padre trabajaba de cetrero para el mío. Era, aquel Lagares, un hombre muy fiel —aunque algo amigo de la botella— que con heroica resolución no dudó en empuñar las armas contra sus propios padres y hermanos, pues no eran otros los anarquistas del pueblo que pretendían subvertir el orden establecido. Muchos años después, Anastasio, dando una muestra más de su poca envergadura moral, comenzó a defender en el casino a sus abuelos y a sus tíos, volviéndose contra la sagrada memoria de su muy fiel aunque algo borrachín progenitor. Que se sepa: así empezó la andadura del socialismo en Villaencina, mediante un ignominioso parricidio.

El caso es que, ante aquellas primeras elecciones, nos pusimos a contar almas y sumábamos ambas familias el mismo número en intención de voto. Procuré entonces ofrecer algún empleo a los Lagares que veía más descastados —con la sana intención, claro está, de que se pusieran de mi parte contra el asesino de memorias paternas—, y a uno incluso le prometí la Concejalía de Hermanamiento con la Bella Población Francesa de Montigny-au-Vent, concejalía que crearía sólo para él. Pero Anastasio, como buen descendiente de anarquistas sanguinarios, tenía amedrentados a sus familiares y ninguno de ellos se atrevía ni a respirar sin su consentimiento.

Tras tanto tira y afloja, al final resultaría que el municipio, algo despoblado pero muy extenso, nos iba a proporcionar, tanto a Anastasio como a mí, unas buenas canteras de donde extraer más votos. En dirección norte, en la falda de la montaña y entre campos

de olivos, se alzaba el convento de las monjas. Ese convento había subsistido desde tiempos inmemoriales gracias a la elaboración y venta de unos mazapanes de almendras y miel que, hay que reconocerlo, no había modo de deglutir sin peligro de caer en una indigestión severa. Sólo las monjitas, cada vez más lustrosas por el exceso de calorías y de azúcares, eran capaces de comerse aquello, actividad a la que se entregaban con gran resignación pues, como ya no acudía nadie a comprarles sus mazapanes, tampoco tenían otra cosa con qué alimentarse. Pero todo, hasta la paciencia de esas santas mujeres, tiene un límite. Así que decidieron adaptarse a los nuevos tiempos —tal como haría yo poco después con la pila bautismal— y convirtieron su convento en un asilo para ancianas desvalidas aunque con posibles, que en esta vida nada se regala. Me bastó con presentarme una mañana ante la superiora con mi elegancia de talonario, con esa naturalidad con que uno —por casta, que no por arribismo— extiende un cheque o da un sabio consejo, para que la monjita, agradecida y emocionada, se comprometiera a una permuta que resultaría decisiva. El ayuntamiento costearía la ya largamente demorada restauración del convento —que no era flamígero románico como la iglesia sino basamental o corintio, como las pasas, aunque no recuerdo bien lo que me explicó el arquitecto— y, a cambio, tanto las monjas como las ancianas internas me votarían a mí para alcalde, cosa que habrían hecho de todas formas de haber tenido luces para elegir por sí mismas.

Mientras, Anastasio seguía dando muestras de su degenerado albedrío. En dirección sur, en el cruce de la carretera nacional con la que, saliendo de Villaencina, llevaba a la capital de la provincia, para escarnio de este municipio que de buen grado —y aun a costa de perder territorio— habría yo pedido que acabara unos metros antes de aquel lugar, se levantaba un edificio encalado muy blanco y con un gran letrero que rezaba: «Club Las Sirenas». Por las noches, para mayor inri, el letrero se iluminaba de rojo y se veía desde todo el pueblo, incluso desde la ventana de mi despacho del consistorio donde yo, sentado frente al arquitecto, le exigía una restauración del convento menos onerosa para el ayuntamiento que tenía el honor de presidir desde siempre. Ésa era, precisamente, la diferencia fundamental entre mi partido y el de Anastasio. Mientras

yo intentaba que las monjitas y sus pupilas vivieran mejor, mi oponente, sentado a la barra del Club Las Sirenas con una jarra de cerveza en las manos, negociaba vaya usted a saber qué —y a qué promesas y compromisos se entregaba, pues el pacto satánico no tiene límites— con la madama del lugar, una mujer que respondía de manera realmente ominosa al nombre de María y que parecía burlarse siempre de todo el mundo, pues nunca retiraba la sonrisa de la boca. El caso, en fin, es que las putas se pusieron de parte de los socialistas como no podía ser menos, y que si al final gané aquellas primeras elecciones y más tarde las siguientes, fue gracias a que mis santas mujeres eran algo más numerosas que las mujeres perdidas de Anastasio, de lo que dábamos gracias a Dios hasta que pasó lo que pasó, y que ahora les cuento.

Como decía, se aproximaban las elecciones generales de marzo de 1996 y las encuestas, aunque groseramente manipuladas por los socialistas, cada vez se decantaban más por una victoria de los nuestros. Yo permanecía repantigado en mi poltrona del consistorio con la tranquilidad de saber que, desde su pequeña parcela emblemática, Villaencina del Céfiro contribuiría, tal como siempre había hecho, a la construcción de la nueva España de gaviotas de alabastro. Hasta que una mañana infausta irrumpió en mi despacho mi sobrino Estanislao, que era el policía local encargado de mantener el orden en el pueblo. Mi sobrino se dedicaba a ese trabajo con más aspavientos que sudores, pues su única ocupación, además de vallar la plaza durante la fiesta mayor, era poner al Club Las Sirenas todas las multas que pudiera sonsacar de las ordenanzas o de su a veces algo excesiva imaginación, pues si bien era lógico y hasta sobrado de razón extender una papeleta a aquel antro por alterar el sosiego de los vecinos con fiestas de gran escándalo, no lo era tanto hacerlo por infracciones que sólo él alcanzaba a entender, como por ejemplo, y según afirmaba con gran autoridad mientras rellenaba la enésima multa por la misma causa, haber construido las putas su edificio sobre un valioso cementerio de osamentas de monstruos antediluvianos, cementerio del que nadie había oído nunca hablar pero que mi sobrino defendía con empecinada y policial insistencia. Aun así, de nada servía tanto esfuerzo, pues la madama con nombre de virgen debía de tener sus buenas influencias en la capital, y las multas se volatilizaban cual fondos

reservados.

Irrumpió pues, aquella mañana, el policía local en mi despacho agitando unos legajos por encima de su cabeza. Parecía muy alterado por lo que revelaban aquellos papeles, pues los tiró de cualquier modo sobre mi mesa y se dejó caer a su vez, con un desparpajo que encontré excesivamente doméstico, en la butaca de las visitas.

—Esto es terrible, señor alcalde —arrancó a decir, antes de que yo pudiera reprenderle por su actitud—. Estaba repasando el censo y he descubierto una sutil maniobra del enemigo, una conspiración. Este invierno ha hecho un frío de mil demonios, ya lo sabe usted. Dos de las viejas que cuidan las monjas se han ido al otro barrio sin que nadie viniera a sustituirlas. Eso ya bastaba para ponernos al borde de la catástrofe, pero hay algo más: en los últimos meses han entrado tres chicas nuevas en el Club, las tres con los papeles en regla. Ahora figuran en el censo con el mismo tamaño de letra con que salimos usted o yo. ¿Sabe qué quiere decir eso? ¿Sabe qué quiere decir? ¡Que los socialistas nos sacan dos votos de ventaja!

Me quedé mirando el letrero del Club Las Sirenas, que a aquellas horas, apagado y confusas sus formas por la lejanía, se veía sobre el horizonte como un inmenso saltamontes de vidrio. De ser cierto lo que decía mi sobrino nos esperaba no sólo una catástrofe electoral, sino también una vejación tan grande que dudaba que mi cansado corazón pudiera resistirlo. Después de toda una vida llevando a mi partido a la victoria en Villaencina mientras en el resto del país los socialistas conseguían una mayoría absoluta tras otra, iba a ser precisamente cuando los nuestros ganaban en el conjunto de España cuando yo tendría que enfrentarme a las actas de una derrota que nunca hasta entonces había conocido. ¿Era posible una mayor ironía del destino? ¡En ningún caso iba a consentirlo! Me puse en pie y, sin saber qué hacer, volví a desplomarme en la poltrona tal como había hecho, pocos momentos antes, el policía local que me había traído la noticia, mi sobrino Estanislao.

Durante unos días me dejé llevar por un pesimismo de gran raigambre española, pero pesimismo al fin y al cabo. Consultada la superiora del convento, me envió ésta una nota en la que me informaba de que, por desgracia, no sólo no se esperaba por el momento a ninguna interna más, sino que otra de ellas amenazaba

con ascender al Cielo antes del día de las elecciones. Aunque la monjita intentaba tranquilizarme insinuando que, con un poco de ayuda del Señor y teniendo en cuenta que la anciana había vivido ya noventa y siete años, cabía cierta posibilidad de que fuera aguantando hasta tan señalada fecha, mi desesperación empezaba a no tener límites. Para mayor escarnio, Anastasio se paseaba del brazo de las putas por las calles del pueblo mientras mi sobrino, voluntarioso pero algo confundido tanto en la historia de la higiene como en el tema de los estratos geológicos, multaba otra vez al Club asegurando haber descubierto que, por debajo del ya famoso cementerio de osamentas antediluvianas, había también un baño turco y los restos de un poblado ibérico.

No parecía haber otra salida que aceptar la hecatombe. Todo indicaba que el Partido Popular devolvería al país la estabilidad que tanto necesitaba y que al mismo tiempo a Villaencina del Céfiro regresaría la anarquía. Más que probablemente, mi caserón de la plaza sería requisado de nuevo por Anastasio como ya hiciera su abuelo en la guerra civil. Así estaban las cosas cuando una tarde entré en el casino y le pedí a su propietario, mi hermano Pablo, que me sirviera un vaso de vino tinto. Mi hermano me miró con lástima, tal como miraba el muy felón a todos sus clientes sin acabar de entender qué hacían allí y por qué no se iban corriendo al Club Las Sirenas, que era lo que él habría hecho de no haber estado yo siempre cerca para impedírselo. Me miró con lástima y continuó leyendo el periódico, su actividad favorita aparte de suspirar por las prostitutas que apoyaban al parricida de Anastasio.

—Vamos a perder las elecciones —le dije con rencorosa amargura—. Las vamos a perder y tú sin hacer nada.

—Sí lo hago —me contestó, golpeando el diario con la yema de un dedo como si deseara atravesarlo, algo por lo demás imposible puesto que estaba abierto sobre la barra—. Acabo de encontrar la solución a tu problema.

Bastante sorprendido, hice girar la hoja impresa y leí: «¿LES ASUSTAN LAS ELECCIONES? ¿TEMEN PERDERLAS? ¡LLÁMENNOS! MARCELO RETUERTA Y ASOCIADOS LES GARANTIZAN SUS ESCAÑOS. DESCUENTOS ESPECIALES PARA PARTIDOS CON IMPLANTACIÓN NACIONAL».

—Esos asesores son la leche —murmuró Pablo, echándome a la cara su aliento cervecero—. Los peces gordos de la política siempre

llevan cuatro o cinco con ellos cuchicheando y tramando estrategias. Les ponen despachos secretos junto a los suyos y los miman como si fueran sus queridas. Pero son más que eso, mucho más. De ellos depende que los grandes hombres sigan siendo lo que son.

A veces, un alcalde responsable debe tomar decisiones difíciles. Pocos días después de aquella breve conversación con el barman del casino se detenía el autobús de línea en la parada de la carretera y Estanislao, que se había puesto para la ocasión el traje de gala con entorchados, se cuadraba ante un individuo de apariencia francamente miserable. Precediendo al recién llegado con una marcialidad que nunca nadie le había visto, el policía local se encaminó hacia el ayuntamiento. Unos minutos después tamborileaba con los nudillos en la puerta de mi despacho. La entreabrió para asomar la cabeza.

—Excelencia —anunció con voz de chamarilero—: don Marcelo Retuerta espera ser recibido.

Vi entrar a un hombrecillo envuelto en un gabán y abrazado, de una forma amorosa y extraña, a una cartera de mano. Sin prestarme atención, se encaminó hacia mi mesa como lo haría un turista en la basílica de San Pedro, mirando al techo, a un lado y a otro y valorando la decoración de la estancia. Sólo un instante antes de chocar contra la mesa se detuvo y me observó con una amable y desinteresada sonrisa que me hizo sentir como una curiosidad puesta allí en un pedestalillo. Para compensar aquella desagradable sensación, le observé a mi vez con una enérgica desconfianza.

—¿Y sus asociados? —le pregunté con voz llena de autoridad—. Tengo entendido que usted los necesita para cuchichear y tramar estrategias.

El hombrecillo tomó asiento en la butaca para las visitas. Se revolvió inquieto en ella, como si algo le molestara.

—Mis asociados están indicándole al futuro presidente lo que debe decir en cada momento —contestó con gran aplomo—. Yo ya no hago falta allí ni puedo revelar, por razones obvias de discreción profesional, cuál es el nombre de ese futuro presidente… Por cierto, ¿ha observado usted que la butaca donde yo estoy es más alta que su sillón? No debería permitir que eso sucediera, le sitúa a usted psicológicamente por debajo de la gente a la que recibe.

Debo decir, en honor a la verdad, que aquel hombrecillo me cayó tan mal como si fuera, en lugar de un asesor político, una prostituta de las que votaban a Anastasio. Mucho peor incluso que ellas pues las prostitutas, aunque perdidas, son mujeres, y las mujeres me merecen un respeto. Sin embargo, y a pesar de que nunca dejé de ver a Marcelo Retuerta como un sapo con lengua de víbora, lo cierto es que acabó convirtiéndose en alguien importante para mí. Susurrándome artimañas al oído, dándome indicaciones y consejos, no tardó en pasar a ser una especie de conciencia a la que yo consultaba como quien consulta con la almohada. Pero lo verdaderamente admirable era que no se trataba de una conciencia reprobatoria sino de una conciencia envanecida, esa que a veces les falla incluso a los grandes hombres que desempeñamos el poder. Ya el primer día, por ponerles un ejemplo, hice retirar la butaca de las visitas y sustituirla por unos taburetes bajitos de forma que, cómodamente sentado en mi poltrona, veía las cabezas de mis invitados como si fueran pisapapeles colocados sobre la mesa. A esas cosas me refiero: en lo relativo a los encogimientos de la naturaleza humana, Marcelo Retuerta era un verdadero genio.

Pero yo no le había contratado para que me acortara las patas de las sillas, sino para vencer a Anastasio. El hombrecillo, que pidió dormir y hasta que se le sirviera la comida en su despacho del ayuntamiento, dedicó unos días a vagar por el pueblo. Anduvo por el convento, platicando con la monja superiora y entregándole un generoso donativo que, a pesar de su carácter voluntario, incluyó luego en la cuenta de gastos. Visitó también —y en varias ocasiones— el Club Las Sirenas, de donde volvía a altas horas trastabillando un poco y canturreando obscenidades. El resto del tiempo lo pasaba encerrado en su recinto privado o leyendo el periódico con Pablo en el casino. Ya iba yo a censurarle su poca vergüenza cuando una mañana, bien temprano, entró en mi despacho y se sentó frente a mí en uno de los taburetes. Su cabecita guasona me miraba desde abajo con suficiencia, contraviniendo sus propias teorías acerca del encogimiento de la naturaleza humana.

—Señor alcalde —me dijo—, usted y yo vamos a emprender un largo viaje.

—¿Un viaje ahora? ¿Se ha vuelto loco? ¿Un viaje con las elecciones a la vuelta de la esquina?

El tal Marcelo me miró entonces desde allá abajo con gran impaciencia, como si yo, en lugar de aparecer ante él, por esos milagros de la perspectiva, convertido en una gran estatua de alabastro iluminada por dentro, le pareciera más bien un globo aerostático que no acabara de ganar levedad a pesar de todos sus esfuerzos.

—Es una imagen, una metáfora, señor alcalde. Quiero decir que usted y yo vamos a emprender un largo viaje hacia el centro político. El espacio a ocupar ya no es ideológico, sino estadístico. Ha llegado la hora de que se olvide del maniqueísmo. A partir de hoy no habrá buenos ni malos en Villaencina del Céfiro, no habrá derechas ni izquierdas, no habrá, en definitiva, la herencia de esas dos Españas en permanente lucha, sino un único pueblo hermanado en torno a su líder indiscutible, un líder que reinará como un pequeño dios negociador, como un gurú discreto deseoso de no violentar a nadie, como un sátrapa benévolo que nunca tomará una decisión sino que irá haciendo pequeñas concesiones, un líder que no será otro que usted, señor alcalde. Hágame caso. Si sigue mis instrucciones, Anastasio desaparecerá para siempre y usted podrá instalarse a vivir en este espantoso salón.

—¿Por dónde empezamos?

—Por el principio. Ahora mismo va a enviar a alguien a la capital a por una máquina de preservativos.

¡Qué complicado es el ejercicio del poder, qué laberíntico a veces! Mi sobrino Estanislao, vestido esta vez de paisano, se subió en el autocar de línea y no regresó hasta la noche, abrumadísimo y rezongón, con una gran caja que transportaba como quien lleva a cuestas todos sus pecados. Marcelo Retuerta la guardó con gran secreto y a la mañana siguiente, para pasmo del policía local y de mí mismo, colgó la máquina expendedora, con ayuda del disoluto de mi hermano Pablo, a la puerta del casino. Sobre la máquina, una pancarta con los colores y el emblema de mi partido junto a una frase bien escueta: toma precauciones. Estanislao, sosteniendo con impotencia la libreta de las multas, no daba crédito a lo que veía.

—Pero ¡eso lo usan las putas! —exclamó, histérico, a escasos milímetros de mi tímpano.

Yo me volví hacia el asesor electoral. Éste, plantado en medio de la calle con las manos a la espalda, parecía muy satisfecho de su

trabajo.

—Tiene razón el guardia —opiné, intentando mantener la serenidad—. Además, ¿qué significa eso de que tomemos precauciones? ¿Es que han vuelto los anarquistas a Villaencina?

El sapo con lengua de víbora me pasó un brazo por los hombros y, dándome unas palmaditas amistosas en el pecho, me arrastró de regreso al ayuntamiento. Una vez en mi despacho me aclaró, con una voz sibilina que daba miedo escuchar, que nuestro largo viaje acababa de dar comienzo. A continuación, me pidió que hiciera lo posible para evitar que el policía local multara a la propietaria del Club y a los usuarios de la nueva máquina de condones, y en lo que a mí respectaba, que me olvidara de una puñetera vez de la historia entera del anarquismo y me centrara en la inminente elección de Miss Democracia Villaencina del Céfiro 1996.

Francamente, y aunque me duela confesarlo porque soy un demócrata de toda la vida, con Franco estas cosas no pasaban. Porque yo me digo —y lo digo aquí y delante de quien haga falta— que es lamentable que un gran hombre, para poder seguir siéndolo, tenga que convertirse en un mandado de las insaciables apetencias populares y muy en especial de la peor de todas ellas: la coquetería femenina. Una cosa era una discreta y encapuchada visita al Club, que eso hasta en mi familia se toleraba aunque aquellas mujeres fueran unas perdidas y unas traidoras. A veces aprieta el españolío y cualquiera… en fin, ya se me entiende. Pero otra cosa muy distinta era ponerlas a todas mezcladas, a las putas y a nuestras propias hijas, a pasearse medio desnudas por la plaza del pueblo. Así que me volví hacia Marcelo Retuerta y le dije que su asesoramiento tenía un límite, que era el de mi incuestionable dignidad.

Se imprimieron cien carteles, lo que no estaba nada mal para un pueblo que tenía un número inferior de habitantes. El día elegido, al poco de salir el sol, llegaron un par de camiones de una empresa de la capital, y unos operarios vestidos con monos azules montaron una larga tarima delante del ayuntamiento. También decoraron la plaza con largas ristras de banderitas de todo el mundo, lo que daría al evento un aire bastante internacional. Desde el balcón del consistorio, observaba yo todo aquel trajín y me preguntaba qué motivos tendría mi asesor electoral para mostrarse tan ufano.

Porque, en lo referente a las inscripciones, la cosa no había podido ir peor. No se había apuntado ninguna mujer de la familia Lagares, lo cual era lógico si considerábamos la animadversión que abrigaban aquellos parricidas tanto hacia mí como hacia todo lo que yo representaba. De mi propia familia sólo dos habían decidido presentarse: mi sobrina Rosita, algo feúcha pero muy presumida, y mi queridísima hija Vanessa, que era discapacitada mental, la pobrecita, y a la que no hubo manera de hacer desistir. Fui con el problema a mi asesor electoral, que resolvió dejarla participar y entregarle el Premio a la Belleza Interior Villaencina del Céfiro 1996, creado especialmente para ella. Eso fue todo lo que dio de sí el pueblo de cara al concurso. En cambio, se inscribieron todas las putas del Club, en parte porque Marcelo en persona había ido allí a pedirles que lo hicieran, y en parte porque la ganadora se llevaría, además de una placa de bronce conmemorativa y una banda con el nombre del pueblo escrito a lo largo, cien mil pesetas que pagaría el municipio a tocateja. Estas últimas me dolían en el alma.

—Seguro que no gana mi sobrina —le dije a Marcelo—. Seguro que gana una de las putas y tengo que darle a ella todo ese dinero.

Mi asesor, con las manos apoyadas en la baranda del balcón, dejó de observar los preparativos y me dirigió una mirada en la que creí advertir cierta perplejidad.

—Señor alcalde, le recuerdo que el jurado estará formado por su hermano Pablo, su cuñado el farmacéutico, el policía local y usted mismo, conmigo como desinteresadísimo notario.

—Claro está, claro está —murmuré—. ¡Qué hábil es usted, Retuerta! Ganará quien nosotros queramos.

—Por supuesto… Y será una de las putas.

¿Cómo lo hizo, a qué marrullerías se entregó mi muy ladino asesor? No lo sé. Pero una vez hubieron desfilado todas aquellas guarras en paños menores, moviendo las caderas a un lado y a otro de forma dislocada tal como las viejas cuando se encaminan gruñendo hacia la iglesia, y una vez hubo desfilado la tonta de Rosita dando tropezones y soltando risitas nerviosas, y una vez hubo cruzado como un ciclón mi queridísima Vanessa, la banda del premio ya puesta y los brazos abiertos como una atleta que hubiera batido todos los récords en el que, creo, fue el día más feliz de su vida, votamos por fin y resultó que, salvo yo, todos estaban

conchabados para darle el premio a la Dolores, que no era sino una de las mujeres perdidas de María. Mi sobrina Rosita quedó como Primera Dama de Honor, premio que sin duda no merecía, pero que tampoco evitaba que el dinero fuera a parar al Club Las Sirenas.

Aquella noche, metido ya en la cama, todavía recordaba con alarma los dos besos que tuve que dar a la ganadora en presencia de casi todo el pueblo, pues, en vista de la indudable categoría del espectáculo, muchos Lagares habían ido asomando las narices. Mientras Rosita lloriqueaba a mis espaldas —de emoción, la muy pánfila—, a la prostituta que ya era reina de la belleza le dio además un ataque de entusiasmo y se me colgó del cuello saludando a sus amigas y besuqueándome de nuevo, amontonándose toda ella sobre mí de tal forma que yo sólo veía un racimo de manos y de codos y de senos y nada de ropa por allí en medio, con lo que me dio por pensar, y lo seguía pensando por la noche metido ya en la cama, que aquél era el final de mis muchos años en la alcaldía.

Pero, aunque parezca increíble, lo peor de aquella dramática campaña electoral aún no había llegado. Quiso la endiablada casualidad que mi cumpleaños cayera tres días antes de las elecciones y que Marcelo Retuerta lo descubriera fisgoneando las hojas del padrón. El asesor se presentó eufórico en mi despacho con un programa de actividades que se iba a convertir en mi peor pesadilla. Hasta entonces yo nunca había celebrado mi aniversario, pero aquel año de 1996 dediqué todo el día a ello. Para empezar, tuve que trasladarme por la mañana al convento para recoger un gran mazapán que Marcelo había encargado en mi nombre. La madre superiora se empeñó en invitarme a un vasito de vino, que tomamos a la sombra del claustro mientras a nuestro alrededor se paseaban todas las momias vivientes que tenían allí hospedadas. La monjita me miraba con cierta alevosía. Como es natural, me interrogó por las nuevas y algo chocantes actividades culturales que organizaba el ayuntamiento, a lo que respondí —según me había hecho repetir Marcelo mil veces— que la elección de Miss Democracia se hacía para atraer turistas al pueblo y así, entre otras cosas, vender más mazapanes, pero que también se estaba preparando, de cara a las navidades, la escenificación de un pesebre viviente por parte de los vecinos más entregados y devotos. Aquello pareció gustar a la madre superiora, que acudió a despedirme a la

puerta del convento. Allí se quedó, agitando la mano con suavidad —aunque sin retirar su rarísima mirada alevosa— mientras yo, que casi no podía cargar con el peso de aquel elefantiásico mazapán, me encaminaba hacia mi coche oficial.

Al mediodía, y obligado también por Retuerta, aparecí por sorpresa en el casino a invitar a una copita de cava a los parroquianos que allí hubiera, y que resultaron ser, en cuanto el codicioso de mi hermano Pablo hizo correr la voz, diez veces más de los que por lo habitual tomaban el aperitivo en su local. Cansado de recibir palmadas en la espalda y ceceantes buenos augurios a costa de mi billetera, fui a comer con mi familia, cosa que hicimos con el mazapán en el centro de la mesa —a la que se le arqueaban las patas por el peso— y en un sencillo ambiente hogareño que fue posible gracias a los consejos de mi asesor político, aunque no sin pasar yo ciertos apuros. Pues, si bien me resultaba fácil prodigarme en caricias a mis hijos aunque ellos me respondieran con incredulidad y hasta con asco los más mayores —salvo Vanessa, que aún llevaba puesta la banda de Miss y hasta dormía con ella—, cuando miraba a mi mujer e intentaba llenarme de ternura me daba por bizquear. Quizá uno de los peores momentos de mi vida haya sido ése en el que, mientras yo hacía grandes esfuerzos por mostrarme emotivo y al mismo tiempo controlar las pupilas para no ver doble, mi mujer, con su malhumor habitual, señalaba el monstruoso mazapán y me preguntaba si pretendía asesinarlos a todos y quedarme solo en el mundo.

Y así, agotado, con la sensación de haberme convertido en un pelele, salí aquel anochecer del ayuntamiento y me encaminé hacia el Club Las Sirenas escoltado por el policía local y por mi asesor político. Allí me esperaba una fiesta sorpresa organizada por los varones de mi familia, que habían reciclado para la ocasión las banderitas internacionales y, por supuesto, a todas las candidatas a Miss Democracia con las únicas excepciones de Rosita y de mi hija. Es posible que, por causa de tanto agobio, me entregara a una cierta relajación de las costumbres, pues conservo poca memoria de todo aquello. Creo recordar, aunque de forma bastante confusa, al crápula de Pablo dando saltos agarrado a dos de aquellas golfas, a mi sobrino Estanislao buscando con disimulo restos arqueológicos por entre las tablas del suelo, y a mí mismo aplaudiendo enardecido

a la bellísima Dolores, quien, mirándome con picardía, bailaba tal como vino al mundo con la banda que llevaba el nombre del pueblo como única interrupción en aquella desmesura de formas y volúmenes. En cualquier caso, algo sucedió allí que me obligó a buscar una excusa, pues al llegar a casa me encontré a mi mujer esperándome sorprendidísima y le dije, revistiéndome de una digna aunque algo inestable prestancia institucional, que venía de cuchichear y tramar estrategias con mi asesor político.

Y así llegamos al día de las elecciones. La urna, supervisada siempre por Estanislao y por un primo de Anastasio, fue instalada en el vestíbulo del ayuntamiento. Tempranísimo llegaron las monjas y sus residentes, trasladadas desde el convento por el minibús que el municipio ponía a su disposición para que unas y otras pudieran ejercer sus libertades. Lo hicieron en silencio y se retiraron señalándose los escalones de la entrada y, en general, advirtiéndose de todo tipo de peligros. Los habitantes de Villaencina fueron pasando para introducir en la urna su muy predecible elección, y sólo a media tarde aparecieron las chicas del Club Las Sirenas con su madama al frente. Depositaron todas ellas sus papeletas con una formalidad rota únicamente por esta última, que me buscó con la mirada y, al verme allá al fondo del vestíbulo oteando el buen desarrollo de la jornada, me guiñó un ojo con juerguista complicidad y agitó los dedos en el aire como aleteo de mariposas.

El recuento fue largo. Se demoró casi una hora por culpa de los interventores propio y ajeno, que llenaban de sospechas cada papeleta. Los nervios me habían arrastrado a encerrarme en el despacho, donde esperaba sentado en mi poltrona los resultados de la decisión popular. Finalmente, apareció Retuerta con el rostro compungido. Llevaba puesto su gabán y se abrazaba a su cartera de mano con el mismo amor extraño con que lo hiciera el día de su llegada. El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—No lo entiendo —dijo—. Había calculado que rozaríamos la mayoría, pero hemos ganado sólo por dos votos.

Ante aquella noticia maravillosa yo ni entendía ni podía compartir su pesar. De no deberme a la solemnidad propia de mi cargo, me habría puesto a dar saltos de alegría por el despacho. ¡Habíamos ganado una vez más en Villaencina del Céfiro, y contra todo pronóstico!

—Eso quiere decir —continuó mi asesor— que hemos logrado que nos voten las chicas del Club, pero que las monjas se han ido con los socialistas. Lo sospeché cuando supe que usted no había iniciado aún las obras de restauración del convento que les prometió hace tantos años.

—Problemas de presupuesto… Pero ¿qué puede importar eso ahora? Si lo necesitamos, haremos como hizo Anastasio, ¡traeremos más putas!

Marcelo Retuerta me dirigió una mirada siniestra.

—Tenga cuidado. Las monjas sí creen en algo y se gastan muy malas pulgas. En ellas puede fructificar esa semilla revolucionaria que a usted le da tanto miedo… En fin, ya resolveremos ese problema cuando surja. Mientras tanto, disfrute usted de su mandato, señor alcalde.

Salió de mi despacho sin añadir nada más y sin darme la mano. Unos segundos después lo vi cruzar la plaza como una sombra difuminada —como la sombra de nadie— en dirección a la parada del autobús de línea.

LA INSPIRACIÓN CAÓTICA

Para escribir un cuento necesitamos un buen escenario. Podemos imaginar paisajes remotos o escoger lugares cotidianos, pero soy partidario de instalarme en aquellos que, habitados desde siempre por la literatura, nos resultan cercanos y terribles como el recuerdo de algo que hemos perdido. Nunca faltarán decorados cargados de referencias en los que podremos hacer posible hasta lo más improbable. A esto se añade que un castillo en la niebla, una joya extraviada o un barco sin timonel acomodan al lector en la mejor butaca del pensamiento, pues cree intuir lo que va a suceder. En nuestras manos está el placer de demostrarle que se equivoca.

Nos instalamos pues en un escenario saturado en el que el lector entreverá todas las historias que pueblan su memoria. Anochece. Una planicie se extiende inabarcable ante nuestra mirada, bajo un cielo de nubes que agita un viento lejano. En el horizonte, la silueta de las montañas nos habla de otras tierras. Pero nuestro pie reposa sobre una promesa más próxima. Nos encontramos junto a una vía de ferrocarril. Los raíles, que cruzan el paraje, describen un arco tan abierto que parece bordear el infinito. El polvo que cubre las traviesas, y las pequeñas hierbas que brotan por entre sus grietas, parecen mostrarnos un abandono definitivo. No es así. El paso del tren es sólo un instante en la vida inmóvil de los raíles, y la erosión su constante compañía. Vemos la locomotora a lo lejos, un trazo negro que se desliza con extrema lentitud por la planicie. Ya tenemos el escenario: un tren se acerca desde el horizonte, y su avance le llevará inevitablemente hasta nosotros.

Demos entrada ahora a los personajes. Un recurso infalible es que sean algo anodinos, pero que bajo su apariencia mediocre escondan un gran secreto. Muchas de las mejores obras de la literatura están basadas en individuos de este tipo y para todos sirve la misma norma: jamás te fíes de su apariencia, pues los volubles caprichos del escritor son casi tan amplios como los deseos de los

lectores. El relato podría entonces comenzar de esta manera:

Un tren se acerca desde el horizonte. En uno de los vagones, con la mirada perdida en el paisaje, viaja un hombre con traje de alpaca algo gastada y un maletín sobre las piernas. Sus zapatos brillan con la pulcritud esmerada del cuero viejo, y sólo eso —el brillo falso del lustre, las irisaciones de la alpaca y los pequeños roces del maletín— delata la degradación del tiempo en una presencia por lo demás impecable. Podría ser un viajante, o el contable de una empresa no muy solvente. En cualquier caso, parece tener un oficio que le condena a una relativa penuria, aunque le permite mantener la dignidad.

Hasta aquí, nada nos interesa de este hombre como no sea la esperanza que en él depositamos. Sabemos que algo va a pasar, pero creemos que es difícil que pueda sucederle mientras permanezca solo. Esta incapacidad nuestra suele convertir los cuentos en historias de amor, un defecto liviano si consideramos que no existen otras que puedan interesarnos. Lo demás —las revoluciones, los cataclismos, y hasta el mismo sueño de la muerte— girará en torno a la íntima penumbra de ese encuentro que casi nunca se describe, pero que compensa con creces todos los pesares.

Frente a él, con la mirada absorta también en el paisaje, se encuentra una muchacha con vestido rojo de tafetán y largos guantes de puntilla. Parece forzada a desplazarse por una rarísima circunstancia. Tan sólo la mujer que sube a un tren con la sospecha de que va a emprender el único viaje de su vida lo hace vestida con sus galas de fiesta. La muchacha parece seducida por la extensa planicie, aunque podríamos aventurar que los espacios abiertos no le son extraños. Tiene los labios finos y nerviosos, pero sus pupilas revelan una voluntad templada como el acero. Algo en ella —quizá algo tan tenue como la forma de respirar— da a su frágil figura una fuerza desmesurada. Lleva una sombrerera sobre las piernas, y reposa las manos sobre ella con premeditada placidez. Casi con un exceso de dulzura.

Ya tenemos a nuestros personajes. Los hemos encarado con cierta brutalidad para que su encuentro se haga inevitable, pero en un cuento las cosas deben suceder deprisa. Al fin y al cabo una historia breve es sólo un episodio en el continuo de los sucesos posibles, y no tiene otra validez que esa permanencia ingrávida

—casi milagrosa— entre un pasado y un futuro inabarcables en los que todo ha sucedido ya y en los que todo volverá a suceder.

El hombre parece inquieto. Acaricia el maletín con aire distraído y sus pies no encuentran una postura de reposo. Al otro lado de la ventanilla, en el silencio que perfora el traqueteo del tren, el ocaso se extiende como una hecatombe sosegada. Pero el hombre ya no lo contempla. Ha detenido la mirada sobre el rostro de la joven, a la que observa con un descaro algo ausente. Ella rehuye sus pupilas, incómoda, y se obstina en la contemplación del paisaje. El hombre abre un periódico. Casi de inmediato lo aparta a un lado con un gesto de cansancio, como si hubiera decidido que es más grato contemplar a su compañera de viaje. Entonces ella se siente agobiada por el vestido, agredida por la mirada de aquel hombre, y sus ojos le desafían. Él los elude, deslizando su atención hacia los labios de la muchacha. Se aclara la garganta con un breve carraspeo.

—¿Le gusta el café? —pregunta—. Le suplico que acepte una taza.

Algo tan sencillo basta para que sus pupilas dejen de repelerse. Y la cara de la joven se ilumina con una sonrisa.

En este punto el escritor debe empezar a decidirse. Han acabado los prolegómenos. Nuestros personajes remueven el contenido de sus tazas y se contemplan algo azorados, como si esperasen que alguien les pasara el guión. Pese a todo, alguno de ellos es siempre demasiado rápido para nosotros.

—Me gusta su cartera —comenta la joven—. Mi padre tenía una parecida, y de pequeña me entusiasmaba el olor que salía de ella cuando la abría.

O bien:

—Este café es detestable —comenta el hombre, y señala la sombrerera—. ¿Va usted a una fiesta?

¡Rápido! Reaccionemos rápido antes de que los personajes, que carecen de nuestras grandes intenciones, entreguen el cuento a la trivialidad más lamentable.

—Me gusta su cartera —comenta la joven—. Mi padre tenía una parecida, y de pequeña me entusiasmaba el olor que salía de ella cuando la abría.

El hombre se sobresalta. Vierte algo de café, que felizmente se derrama en el plato. De improviso se le hace insoportable la sonrisa con que la muchacha le contempla. Miente. Dice que ha tenido que emprender un viaje de negocios sin tiempo para prepararlo, y que no ha podido buscar una bolsa adecuada. Que ha tenido que guardar la muda en su maletín de trabajo. Parece sobreponerse y da unas palmaditas cariñosas en la valija. Le acompaña desde hace tanto tiempo que ya se ha acostumbrado a todo. Unas veces contiene documentos importantes y otras ropa interior de caballero. Con perdón. La vida del empresario se parece en algo a la de los trapecistas del circo. El hombre intenta cambiar de tema. Lleva usted un vestido precioso. Parece que vaya a su puesta de largo. Bebe un sorbo de café y señala con la cucharilla la sombrerera.

Entonces la joven se abraza a su caja de cartón y deja escapar una risa nerviosa. En el interior de la sombrerera algo se mueve, pero sólo ella puede notarlo. Nadie sabe que viaja con su gato, un angora lento como una tentación sin el que no puede dormir. No lo sabe nadie, y además le han dicho que está prohibido llevar animales en el tren. Decide mentir al hombre del traje de alpaca. Le dice que no es sólo un sombrero, sino también una reliquia del pasado. Que en otro tiempo adornó cabezas reales en bailes de palacio, y que está hecho de plumas de marabú, con tiras de perlas y pétalos de cristal de gasa sobre un fondo de raso natural. El hombre la contempla con cierto estupor, pero la joven ha sucumbido al hechizo de la fantasía. Le dice que no puede enseñárselo porque ha jurado no abrir la caja hasta llegar ante un notario que la espera en la capital, pues se trata de la prueba que demuestra que es la legítima heredera de un hombre que murió sin conocerla. Los pensamientos de la muchacha, secuestrados por el placer de la fabulación, divagan por el acontecimiento que va a cambiar su vida. Y el hombre suspira, calmado ya del todo, pues sabe que ella no puede sospechar que en el maletín lleva en realidad una bomba.

—Este café es detestable —comenta el hombre, y señala la sombrerera—. ¿Va usted a una fiesta?

La joven le mira de pronto con un terror descontrolado. Se abraza a la caja de cartón. La brusquedad del movimiento hace

peligrar el contenido de su taza, que reposa sobre la sombrerera en inestable equilibrio. Los ojos de la muchacha parecen los de un animal acorralado, pero sólo durante un instante que se hace eterno. Se entrega ella a la mirada atenta del hombre mientras busca una mentira creíble. No tarda en relajarse, como si la sombrerera hubiera perdido toda importancia. Aventura una sonrisa de complicidad. Me ha descubierto usted, le dice. Ahora debo confiarme a su benevolencia con la esperanza de que no me delate. Creo que estoy cometiendo un espantoso delito al llevar conmigo a mi gata, ¿no le parece? El hombre observa la sombrerera y asiente como si pudiera ver a través del cartón. Duerme siempre, continúa la muchacha, pero aun así no creo que el revisor me perdone. La verdad es que no puedo imaginarme sin mi gata, y mucho menos en un lugar con tan pocas referencias. La joven intenta cambiar de tema. Añade que a él, seguramente porque no le conoce, tampoco puede imaginarlo sin su maletín.

Y el hombre se siente de pronto incómodo. Le molesta confesar que en el maletín lleva tan sólo una muda. Es sin duda un contenido poco adecuado para una cartera tan seria, pero por eso mismo la lleva allí. Su mejor traje se complementaría difícilmente con una bolsa de viaje —que por otro lado no tiene—, y una maleta resultaría un espacio inmenso para unos calzoncillos solitarios, aunque éstos fueran de lana. No puede evitar una mueca de disgusto mientras toma una doble decisión. No volverá a utilizar el maletín para esos menesteres, y mentirá a la joven del vestido de tafetán. Le dice, iluminado por una sombra de vanidad, que la cartera contiene documentos. Que su valor es tan grande que no podrían comprarse con dinero. Que de ellos depende el procesamiento de un potentado que se hizo rico a la sombra de negocios ruines, y que un juez anciano —y quizá por ello incorruptible y arrojado— le espera en la capital para iniciar el que será sin duda el juicio del siglo. La joven le escucha con una sonrisa atenta y eso desata su imaginación. Algo exaltado, el hombre le cuenta que ha logrado escapar a dos pistoleros, que a uno lo dejó fuera de combate en los lavabos de la estación, y que al otro tuvo que arrojarlo del tren en marcha. Que lamenta tener que hacer esas cosas, pero que su causa sin duda lo merece. La muchacha entreabre los labios, en apariencia divertida, aunque no aparta el

pensamiento del interior de la sombrerera, donde late el mecanismo exacto de la bomba.

En ese instante, los dos consultan a la vez sus relojes.

A estas alturas el escritor ha recuperado el timón del cuento, aunque la historia ha perdido los mástiles en la tormenta de sus dudas. No sabe a quién atribuir la propiedad de la bomba. Se le ocurren múltiples motivos para cada uno de los personajes. Suele anotar entonces ideas sueltas en cuadernos marginales, y si es propenso a la bebida aprovecha la pausa para servirse otra copa. El hombre del traje de alpaca y la joven del vestido de tafetán permanecen callados. A menudo, cuando uno de ellos cierra los ojos o se deja abstraer por la noche que se desliza al otro lado de la ventanilla, el otro le contempla durante unos segundos. Los dos están despiertos, y sin duda los dos piensan. En su pensamiento paralelo se encuentra el secreto del cuento, pero afirmar esto es lo mismo que decir que la música está ya en el interior del piano, o que la escultura habitaba desde siempre en su bloque de mármol. El escritor maldice en voz baja. Nada hemos avanzado, porque ese pensamiento paralelo contiene todos los pensamientos del mundo.

Sucede que el hombre del traje de alpaca es miembro de un servicio de contraespionaje, cosa que en apariencia no cuadra con el hecho de que lleve una bomba en el maletín, Pero de todos son conocidos los sórdidos lances de las guerras que nunca se declaran. Él también lo sabe, y sólo su fidelidad inquebrantable le ha empujado a aceptar la misión. Había asumido la necesidad de provocar víctimas inocentes, pero no sospechaba que antes tuviera que conversar con ellas. Contempla a la joven que, pensativa, acaricia con manos lánguidas la sombrerera. El espía intenta imaginar las perlas y las plumas del tocado que ella nunca llegará a ponerse. Y en ese momento la muchacha, sorprendida por su mirada, le sonríe. Las grandes decisiones dependen a veces de detalles sin aparente importancia. El espía piensa que todo tiene un límite, que hasta los juegos sin reglas deben acabar en algún momento —y que al acabar inician juegos mejores—. Es un hombre acostumbrado a ser fiel a sus ideas y le sobra valor para seguirlas.

Se pone en pie, abre la ventanilla y arroja el maletín a la planicie desierta. Ahora sí: la joven se pondrá el sombrero cuando llegue a la capital, y el notario le entregará la herencia. El espía sabe que se juega la vida, pero un perseguidor que ha sido implacable será probablemente un fugitivo esquivo. Sonríe al sentarse de nuevo, pensando que sabe muy bien lo que él haría para darse caza a sí mismo. Sin embargo, al contemplar a la joven palidece. Las pupilas de la muchacha reflejan un intenso reproche. Y una de sus manos sostiene un pequeño revólver.

Pero también sucede que ella es una princesa desterrada por una revolución romántica y sanguinaria. Ya en palacio era famoso su descaro, y se decía de ella que era el único carácter fuerte en aquella corte adocenada. Vestía con una extravagancia que la hizo muy popular. Los fotógrafos de las revistas del corazón se peleaban por conseguir instantáneas de la princesa, especialmente cuando estrenaba alguno de sus sombreros, en los que abundaban las perlas y las plumas de marabú. Por desgracia, suele suceder que las cosas se transforman, y un mal día la servidumbre de palacio, armada y vociferante, invadió los salones vacíos. Poca oposición iba a encontrar por parte de un monarca convencido de que el mundo estaba condenado a la entropía. Tan sólo la princesa, acompañada por algunos oficiales tan leales como suicidas, ofreció una leve resistencia. Suerte tuvo de que los cabecillas de la insurrección fueran hombres nobles. Colgaron a todos los miembros de la corte de las vigas de palacio, pero a los valientes oficiales los fusilaron después de rendirles honores militares. Y a la princesa la condenaron al destierro. ¡Quién iba a decirle que el gobierno que le concedió asilo —y que hasta la hizo beneficiaria de una pensión vitalicia—, con el paso del tiempo reconocería al gobierno revolucionario! La princesa está sola en el mundo, pero no por ello va a tolerar que la nueva embajada abra sus puertas. Acaricia con la mirada la sombrerera donde reposa la bomba. Al alzarla de nuevo se le hiela la sangre. El hombre del traje de alpaca tiene una pistola en la mano y la contempla con una tristeza infinita. La princesa, enfurecida, le ordena en su lengua vernácula que le entregue el arma. El hombre rompe a llorar. Cuando recupera la entereza, la pistola ha cambiado de manos. «Yo limpiaba sus letrinas, majestad, pero todo el odio del mundo no me daría valor para matar a una

mujer».

Esto si no sucede que el hombre del traje de alpaca es un pistolero sin escrúpulos. Trabaja para un magnate que ha acumulado una inmensa fortuna mediante el robo y la extorsión. Pero el imperio se tambalea por culpa de un joven abogado que ha reunido pruebas contra él. En la capital se ha iniciado un proceso escandaloso contra el potentado que sufragaba escuelas y hospitales. Algo sorprendido, el infame magnate toma asiento en la sesión de apertura del juicio. Algunos ven en su asombrosa placidez el reflejo de una conciencia limpia. Pero lo que tranquiliza al acusado es algo muy distinto y sin duda brutal: la bomba que viaja en un tren y que al día siguiente pondrá punto final al proceso. En este caso la joven del vestido de tafetán es, por supuesto, la novia del joven abogado, que ha desobedecido la orden de no inmiscuirse en tan peligroso asunto.

Aunque quizá ella milita en un grupo radical que practica la violencia indiscriminada. Desde el primer momento ha buscado sentarse junto al hombre del traje de alpaca, que es el contable de la empresa donde trabaja. Durante un rato ha temido que él la reconociera. Pero no ha sido así. Son demasiados los obreros que pululan por la fábrica, y poco interesantes sus rostros para alguien preocupado tan sólo por los números. La joven sabe que el contable se desplaza para visitar a su madre, a la que ha recluido en un sanatorio para que los desórdenes de la vejez no alteren su metódica vida cotidiana. Le mira y sonríe. Piensa que la bomba va a desmelenar para siempre su pulcro peinado. Y él, que es en realidad el jefe en la sombra de la organización terrorista, retira la mirada y tamborilea con los dedos sobre el maletín, maldiciendo su mala suerte y la capacidad de iniciativa de sus exaltados seguidores.

El escritor está bastante confuso. Su relato se le deshace entre las manos, y cuanto más lo piensa más lo fragmenta. Puede ser que la agente mate a su compañero del contraespionaje, pero también puede ser que se una a la fuga que está a punto de emprender. ¿Llegará el antiguo siervo de la princesa a ser el nuevo monarca, o morirá con ella intentando detener el tiempo? La novia del joven abogado debe enfrentarse a un hombre temible mientras en la capital se desarrolla el juicio. ¿Cómo logrará escapar de él? Y el jefe del grupo terrorista deberá zafarse de su más aguerrida prosélita,

que es también su más feroz enemiga. Ante esta situación, nos parece razonable que el escritor se muestre aturdido. ¿Cuál de estas historias le permitirá sorprender a sus lectores? De momento está claro tan sólo lo siguiente: un tren se acerca desde el horizonte. En uno de los vagones, un hombre con traje de alpaca y una joven con vestido de tafetán remueven sus tazas de café. Los dos consultan a la vez sus relojes, y sonríen.

Y suele suceder que, llegados a este punto, el escritor se despierta. Acostumbrado a acompasar el sueño al traqueteo del ferrocarril, le resulta molesta esa extraña quietud. El tren se ha detenido en una estación y la joven que estaba sentada frente a él ha desaparecido. Sobre su asiento ha olvidado, sin embargo, la sombrerera. El escritor no puede vencer la curiosidad. Levanta la tapa con mucho cuidado, pero la caja está vacía. Es entonces cuando descubre que le falta el maletín. Suelta un grito de furor mientras ve, a través de la ventanilla, una nube de tafetán rojo que se escabulle hacia el interior de la estación. No podría soportar que le sucediera otra vez. Recorre el pasillo del coche como una exhalación y salta al andén. El edificio está vacío. Lo cruza a la carrera y sale a una plaza oscura. Nada se ve, pero en algún lugar resuenan los cascos de un caballo al galope. Y una risa traviesa proclama su victoria. La muy ladina ha vuelto a conseguirlo. La musa del vestido de tafetán le ha robado de nuevo los papeles que aún no había sido capaz de escribir.

El escritor suelta una blasfemia indigna de su talento.

PEDRO ZARRALUKI (Barcelona, España, 1954). Publicó su primer libro a los veinte años, apareciendo como escritor junto con otros jóvenes literatos. Tras más de dos décadas de carrera, ha logrado prestigio entre la crítica y el público, tanto como novelista como narrador de relatos, siendo estos últimos traducidos a diversos idiomas.

Es autor de dos libros de cuentos: *Galería de enormidades* y *Retrato de familia con catástrofe* y ha colaborado esporádicamente en diversas antologías. Su novela, *Un encargo difícil*, fue merecedora del Premio Nadal 2005 y finalista del Premio Fundación José Manuel Lara. Tras *Humor pródigo* (2007), recopilación de sus cuentos de humor, su última novela es *Todo es que tanto nos gusta* (2009).